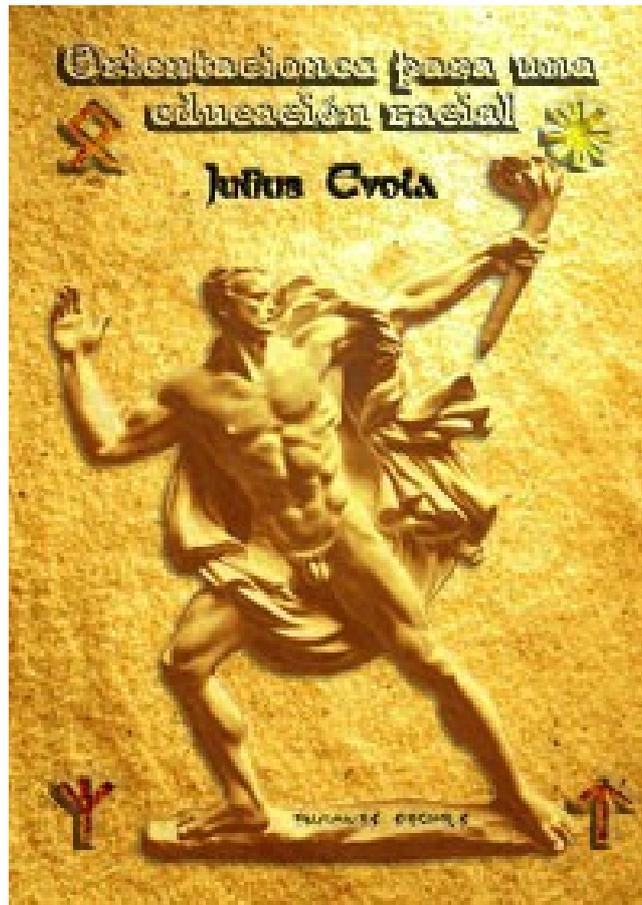


ORIENTACIONES PARA UNA EDUCACION RACIAL

Julius Evola



Esta obra pertenece a la trilogía que Evola dedicó al problema de la Raza. Junto con "Síntesis de la Doctrina de la Raza" (1941) y "El mito de la Sangre" (1937). La primera edición fue editada en 1941. No hay que considerar esta obra como algo coyuntural impuesto por las orientaciones del régimen político italiano de la época; Evola, "cabalga el tigre"; si el régimen habla de "racismo", él da una orientación nueva y original al término: no habla de "razas del cuerpo", más que para contraponerlas a las "razas del espíritu". Y se identifica con una de ellas: con la raza de Roma. Así pues, nada más alejado de la discriminación racial, la xenofobia y la segregación que las tesis enunciadas por Evola. Incluso los antiracistas profesionales han reconocido la seriedad y originalidad de esta obra y su ruptura con las concepciones racistas al uso.

Prólogo

- I ¿Qué significa la palabra "raza"
- II Significado interior de la raza
- III Consecuencias del sentimiento de raza
- IV Herencia racial y tradición
- V Raza y Nación
- VI Significado de la profilaxis racial
- VII El peligro de las contraselecciones
- VIII Raza y Espíritu
- IX Importancia de la teoría de las razas interiores
- X Fisonomía de las diversas razas
- XI El problema de las "razas del espíritu"
- XII La Raza y los orígenes
- XIII Las migraciones nórdico-occidentales
- XIV El problema de la latinidad
- XV La raza, la romanidad y la historia italiana
- XVI El arquetipo de nuestra "raza ideal"
- XVII Campo histórico del racismo fascista

PRÓLOGO

Equívocos y más equívocos no paran de verterse acerca de los fundamentos de la 'doctrina de la raza' que, en su momento, expuso el gran Tradicionalista italiano Julius Evola. Desde los estamentos dominantes del actual Establishment y desde sus filas sumisas y obedientes no se ha tenido vergüenza en reducir la dicha doctrina evoliana de la raza (que no tiene otros basamentos que los del Mundo de la Tradición) a mero racismo tal como el Sistema suele presentarlo: a simple racismo biologista y propalador de odio hacia las razas no indoeuropeas. Por contra, desde ciertos ambientes cercanos a posiciones nacionalsocialistas y desde algún nucleamiento de adscripción evoliana se ha querido presentar a un Evola que habría ignorado (por considerarla intrascendente y falta de valor) la extracción racial (la raza física) de los individuos y la consideraría insustancial a la hora de elaborar sus teorías raciales. Sin duda serán variadas las causas que habrán motivado estas falsas apreciaciones. Entre ellas se hallarán tanto la mala fe, la intención dañina, las ganas de manipular para desprestigiar y/o para confundir, como se hallarán la ignorancia, la incomprensión, la falta de capacidad aun para atisbar el hecho Trascendente o el ninguneo de la importancia y la realidad de la raza física.

Se nos ocurren pocas mejores formas de acallar bocas, deshacer entuertos y malentendidos, aclarar confusiones, pulverizar manipulaciones y, en definitiva, poner los puntos sobre las íes que la de la publicación en castellano de "Indirizzo per

una educazione razziale" (1.941), de Julius Evola. Y como nosotros, desde hace años, venimos elaborando escritos y argumentando en diversos medios acerca de esta doctrina racial vamos a aprestarnos, en estas páginas iniciales, a reflejar detalles de la misma en base a reproducir esas exposiciones que en su momento realizamos y en base a añadir alguna otra observación.

Cabe dejar bien sentado el que nada de lo que aquí exponemos es de cosecha propia sino que es el resultado de la lectura de múltiples obras en las que Evola, producto de su línea siempre coherente, expone unas certidumbres Tradicionales que conciernen al corpus doctrinal de la raza. Así, es cierto que las ideas que ahora nos interesan representan el tema central de libros suyos como el "Sintesi di dottrina della raza" o de este "Indirizzo per una educazione razziale", ambos de 1.941, pero no es menos cierto que la línea que de ellos se desprende no paramos de encontrarla en multitud de reflexiones o en capítulos enteros de otras obras suyas e incluso podemos encontrarla en libros anteriores a los citados; aparte de en una amplia gama de artículos. Es por ello que aparece en "Rivolta contro il mondo moderno" (1.934), en artículos como el de "Raza y cultura" (1.934), en la Introducción a "Il mito del sangue. Genesi del razzismo" (1.937), en los artículos "Teología del Estado Nacional", "Acerca de las diferencias entre la concepción del Estado Fascista y la Nacionalsocialista", "El equívoco universalista" o "La mística de la raza en la Roma antigua", en los libros "La dottrina del risveglio. Saggio sull'asceti buddhista" (1.943), "Gli uomini e le rovine" (1.953), "Il fascismo. Saggio di una analisi critica dal punto di vista della destra" (1.964) o en "L'arco e la clava" (1.968).

No por ninguna razón especial hemos citado el título original -en italiano- de estas obras, pero es bueno recordar que todas ellas se pueden hallar traducidas al castellano por Ediciones Heraclés (al igual que casi todos los artículos relacionados; menos uno que corresponde a Ediciones Nueva República) y algunas por Ediciones Alternativa o por Ediciones Grijalbo. Por ello, a partir de ahora, haremos mención al título en castellano de algunos de estos libros.

No tendremos ningún problema (es más, estaremos gustosos) en especificar -a quien pueda conminarnos a ello- en qué pasajes de las citadas obras y de los relacionados artículos de Evola aparecen las alusiones que competen a nuestro tema de análisis.

En esta relación de escritos del maestro italiano pueden, igualmente, hallarse percepciones sobre otras razas y todas coinciden en otorgarle a la raza física -contrariamente a lo que determinados núcleos evolianos han querido transmitir- un papel de peso a la hora de elaborar una doctrina racial Tradicionalista.

En nuestro empeño de explicar en qué consiste la dicha 'doctrina de la raza' escribíamos en cierta ocasión que: "Mucho se ha escrito, a partir del desconocimiento, sobre la postura que el gran intérprete de la Tradición, Julius Evola, mantuvo a lo largo de su vida a propósito del tema racial. Desde esa ignorancia hacia su obra se ha llegado a afirmar que de cara a pensar en la hipotética constitución de comunidades u organizaciones de naturaleza Tradicional a nuestro autor no le importaría en absoluto la extracción racial de sus miembros, mientras todos ellos defendieran una visión Superior y Trascendente de la vida y de la existencia. No le importaría, se ha afirmado, que fueran diferentes grupos raciales y

aun elementos mestizos los que integraran un mismo 'Regnum' o 'Imperium'.

Estas erróneas interpretaciones del mensaje del maestro transalpino arrancan de la idea de que al priorizar jerárquicamente su concepto de la 'raza del espíritu' por encima del de la 'raza del cuerpo', Evola tendría en cuenta, como primer y principal criterio aglutinador de comunidades el de la afinidad de inquietudes, y de vivencias, espirituales de sus integrantes; dejando como anécdota accesoria el origen étnico de los mismos.

Estos errados 'analistas' ignoran que la naturaleza y los atributos de esta 'raza del espíritu' que Evola nos describió como los que fueron propios del hombre indoeuropeo que, en sus orígenes -y a lo largo de diversos ciclos heroicos que protagonizó-, vivió en consonancia con los parámetros de la Tradición Primordial, ignoran, decíamos, que son una naturaleza y unos atributos que, para nuestro autor, sólo se podrán despertar en el seno de un tipo racial concreto: éste del indoeuropeo. Más todavía, defendía Evola la idea de que entre los subgrupos en los que se dividen los actuales pueblos indoeuropeos (nórdicos, fálicos o dálicos, dináricos, alpinos, mediterráneos o atlánticos -de emparentamiento muy directo con el mundo celta-, báltico-orientales,...) hay uno más apto, innatamente, para reconquistar la esencia primigenia de lo que él define como 'raza del espíritu': se trata del tipo nórdico, pues éste fue el propio del hombre indoeuropeo de los orígenes. Del hombre indoeuropeo cuya espiritualidad es definida por Evola con los adjetivos de 'apolínea', 'uránica' o 'solar' y que conoce de lo sobrio, de la medida, de lo impasible, de lo impertérito, de la 'gravitas' y de lo majestático como patrones internos a seguir en el proceso de autorrealización y como atributos externos de conducta. (1)

Este tipo nórdico tendría, para Evola, más disponibilidad y accesibilidad a la hora de intentar recuperar la esencia de la 'raza del espíritu' y, una vez reconquistado este tipo de espiritualidad, seguidamente podría erigirse en modelo a seguir por los otros subgrupos étnicos indoeuropeos por tal de que dicha reconquista se hiciera también extensible a ellos. (2)

En el seno de la misma Italia nuestro maestro de la Tradición proponía la selección de individuos de clara extracción nórdica -el ariorromano, según denominación suya- que presentarían una mayor predisponibilidad y predisposición para convertir, en ellos, en acto las potencialidades propias de este tipo de espiritualidad apolínea. Individuos que adoptarían la función de arquetipos y ejemplos a seguir por tal de aspirar a que el resto de subgrupos étnicos que habitaban (en época de Evola) la Península Itálica -todos ellos indoeuropeos- emprendieran también el camino de la auténtica reconstrucción espiritual.

La postura que estamos intentando fijar se ve reflejada nítidamente en una máxima evoliana que afirma que "la raza es necesaria, pero no suficiente". Esto es, que se necesita ser de una determinada extracción racial -en este caso la indoeuropea- para poseer las potencialidades que le puedan permitir a uno, si hace uso de la libertad de que goza, emprender el uránico-solar, y heroico, camino del desapego y de la transfiguración iluminadora interiores. Pasar de potencia a acto en el plano de la Trascendencia es un privilegio de que disponen aquellos individuos indoeuropeos

que no se conformen exclusivamente con discurrir por el mundo perecedero del devenir, sino que se pongan como meta el superar su condición material finita para llegar al Conocimiento de la Realidad Suprasensible y para aspirar a la propia Identificación –de dicho individuo- con lo Supremo, inmutable e incondicionado.

"La raza es necesaria, pero no suficiente", pues de poco nos sirve un individuo cuyos rasgos físicos podamos catalogar como indoeuropeos, si ese individuo no interioriza unos valores y una cosmovisión conformes con los que siempre definieron la manera de ser y de actuar de la raza a la que pertenece.

El principal 'leit motiv' de Evola a la hora de abordar la cuestión racial, radicaba en superar muchas de las doctrinas básicamente biologists (3) que circulaban, sobre todo, por la Europa anterior al fin de la segunda gran conflagración mundial. Pugnaba por no reducir al hombre a su mera condición corporal y animal (4), por no dejarlo convertido en el ser mutilado y privado de su dimensión Absoluta al que lo empezó a reducir el racionalismo y al que lo acabó por abocar el materialismo propios de las etapas crepusculares por las que está transitando este disolvente mundo moderno. Pugnaba por llenar la raza del cuerpo con el componente espiritual que desde sus más ignotos orígenes le fue consustancial.

Consustancial le es al mundo negro un tipo de 'espiritualidad' (si es que se puede utilizar este término) (5) animista y que en ningún caso va más allá de lo que son los cultos totémicos. Consustancial le es a los diferentes pueblos semitas otro tipo de 'espiritualidad' que oscila entre la denominada como sacerdotal, demétrica o matriarcal y la calificada como ctónica o telúrica. Consustancial siempre le fue a los indoeuropeos la espiritualidad apolínea, uránica, hiperbórea, solar u olímpica.

'Espiritualidades' como, p. ej., la matriarcal, lunar o pelásgica primaron entre el 'homo europaeus' sólo como consecuencia de un proceso de caída; como el resultado de una involución que le imposibilitó la vivencia y la visión directa de la Realidad Metafísica y le abocó al plano inferior de la creencia, de la fe y de la devoción hacia esa Realidad. En cambio, para pueblos como los de origen racial semita un tipo de 'espiritualidad' ya sea de corte sacerdotal o demétrico o ya sea de índole telúrica es a lo más a lo que pueden aspirar debido a las más romas y limitadas predisposiciones y potencialidades innatas que les 'brinda' su extracción étnica."

Poco después ampliamos nuestro anterior trabajo con otro en el que decíamos que "Al respecto de esta 'doctrina de la raza' deberíamos resumir que el autor italiano estableció una jerarquía entre lo que él clasificó como las tres razas que forman ese compuesto que llamamos 'hombre'. En lo más alto de esta jerarquía situó lo que denominó como 'raza del espíritu' (conformada por el tipo de espiritualidad que en el hombre indoeuropeo siempre fue de naturaleza solar, celeste, viril, olímpica, operativa, transformadora y activa). Bajo ésta y como reflejo de su carácter nos explicó que se halla la 'raza del alma' -alma como sinónimo de psique o mente- (cuyos atributos definitorios siempre fueron tales como el honor, el valor, la fidelidad, la 'gravitas', la templanza, el autodomínio, el espíritu de sacrificio, la medida,...). Y finalmente nos habló de una 'raza del cuerpo' que sería la raza física

y que siempre reflejaría en los rostros de sus integrantes esos atributos de nobleza que hemos relacionado como definatorios de la 'raza del alma'.

Nos dejó bien claro que dichos atributos de nobleza insertos en la 'raza del alma' sólo se desarrollan si el hombre es fiel a la tradición espiritual que siempre caracterizó a la etnia a la que pertenece. O dicho de otro modo, si es fiel a su 'raza del espíritu'. Si abandona a ésta, los atributos de la 'raza del alma' pueden sobrevivir, como por inercia, durante un cierto tiempo pero, a la postre, desaparecerán.

Asimismo cuando estos atributos de la 'raza del alma' hayan desaparecido y hayan sido sustituido por otros extraños (extraños, en este caso, a los propios y originarios del hombre indoeuropeo), tales como la pusilanimidad, la cobardía, el amor a la vida fácil, cómoda y extasiada por lo sensual y por los más bajos placeres, el engaño, la perfidia o el humanitarismo ramplón, pacifista y cosmopolita, cuando esto suceda el hombre no conocerá más de lo diferenciado y lo cualitativo y caerá en el marasmo de la masa, de lo cuantitativo, del número, en lo gregario despersonalizado y, en consecuencia, caerá en una mescolanza niveladora, indiferenciadora e igualitarista no sólo a nivel cultural sino también racial o étnico. Igualmente una pérdida de tensión interior motivada por esta perturbación sufrida en el seno de la 'raza del alma' acaba reflejándose en la 'raza del cuerpo' en forma de laxitud externa, amaneramiento, de expresión innoble, agazapada, o taimada o de rostro bobalicón y falto de expresión enérgica.

Lo expuesto hasta ahora describe una caída que acontece desde arriba hacia abajo: empezando por la 'raza del espíritu', continuando por la 'raza del alma' y acabando en la 'raza del cuerpo'. Caída que sigue la lógica de una concepción jerárquica de la vida. Pero también debería de quedar claro que sin el eslabón inferior (la 'raza del cuerpo') se hace imposible cualquier anhelo e intento de restauración de la integridad perdida del hombre –en este caso- indoeuropeo, pues es en el interior de este hombre indoeuropeo donde se hallan en estado larvario, adormecidos y en potencia los atributos mentados de la 'raza del alma' y la llama de ese tipo de espiritualidad concreta propia de nuestra 'raza del espíritu'. Atributos del alma y tipo de espiritualidad que deberíamos de imponernos rescatar si queremos aspirar, algún día, a considerarnos Hombres en sentido integral y atributos del alma y tipo de espiritualidad que en cada raza revisten unas determinadas, peculiares e intransferibles características."

Para Evola se debería superponer a la 'raza del cuerpo' la 'raza del alma' y a ésta 'la raza del espíritu'. Así, además, se crearían claros y genuinos criterios diferenciadores en el seno de una comunidad. Se crearían criterios que acabarían conformando una clara jerarquía en la que por encima de los individuos que únicamente cumplieran con los atributos y requisitos establecidos para 'la raza del cuerpo', se encontrarían escalonadamente situados aquellos miembros de la comunidad que, en mayor o menor grado, cumplieran con los valores propios de 'la raza del alma'; como pueden serlo el heroísmo, el valor, el espíritu de servicio y de sacrificio, la abnegación, la sinceridad, la voluntad, la fortaleza de ánimo, la constancia,... Y aun por encima de aquéllos que hubieran desarrollado

convenientemente los valores propios de 'la raza del alma' se hallarían las personas que hubieran sido capaces de actualizar las potencialidades de 'la raza del espíritu' o, dicho en otros términos, de conseguir recorrer el trayecto entero que lleva (tras el descondicionamiento con respecto a lo externo y al subconsciente y el inconsciente) al Conocimiento y a la Identidad total con el Principio Supremo y eterno. Los pocos que consiguieran llegar a esta meta ocuparían la cúspide de la pirámide social en que se debería de vertebrar el Estado, tal como siempre ocurrió en el mundo Tradicional. Se tienen, pues, así, criterios antiigualitarios y diferenciadores en oposición al nivelador e igualitario que supone el de la fijación en la raza biológica o 'raza del cuerpo'. Criterio igualitario que hace que la totalidad de la comunidad se halle legitimada en el seno del Estado y, en consecuencia, en igual medida representada.

.....

Por todo lo expuesto hasta ahora nadie puede sorprenderse si afirmamos que Evola es contundente en contra de la mezcla racial, a la cual considera como una de las causas -aunque no la única- de los desquiciamientos a nivel de la raza psíquica o del alma y como una de las causas -aunque no la única- de la degeneración a nivel de la raza del espíritu. Su radicalidad a nivel de la raza del cuerpo o física llega al punto de considerar -tal como hemos señalado más arriba- que incluso dentro de los indoeuropeos se debería hacer una selección para que los individuos más acordes con el fenotipo que algunos denominan nórdico fueran los dirigentes en un Estado ideal, pues dicho fenotipo, según él, es el reflejo externo de unas cualidades del alma y del espíritu que son -según su criterio- las más acordes con los parámetros de la Tradición; cualidades que en unos individuos con estas peculiaridades físicas serían más fáciles de restaurar (en el interior de ellos) para después poder exhibirlas como modelo a seguir por el resto de la población. Evola hace, p. ej., estos análisis hablando de su país -de Italia- y, en este caso, al individuo que él pondría como modelo a seguir le llama -repetimos- 'ariorromano'.

"Dinamitar una estirpe con las mezclas imposibilita que el hombre vuelva a recuperar la sacralidad perdida y que nuestro ideal de Hombre de la Tradición pueda convertirse en realidad. Así nos los expresa Evola al definir lo que él entendía por 'Tradición':

"La Tradición es, en su esencia, algo metahistórico y, al mismo tiempo, dinámico: es una fuerza general ordenadora en función de principios poseedores del carisma de una legitimidad superior -si se quiere, puede decirse, también, de principios de lo alto- fuerza que actúa a lo largo de generaciones"; generaciones, obviamente, concebidas en el marco de una misma estirpe."

Es el potencial del hombre indoeuropeo -hoy postrado y sumido en la decadencia- el que puede llevar, por la vía heroica de la transutanciación interior, al Despertar a la Realidad Trascendente. No vamos a redimensionar este prólogo tratando de explicar el porqué, según nuestro parecer, otros grupos humanos no pueden arribar a él. No creemos que sea necesario apuntalar las certidumbres vertidas en estos párrafos contraponiendo a ellas las carencias que puedan ser propias de los otros dichos grupos humanos. De todos modos el lector interesado puede consultar lo expresado

por Evola sobre la población negra en el capítulo "Tabúes de nuestros tiempos" de su obra "Los hombres y las ruinas" (1ª ed. en italiano: 1.953), en el capítulo "Música moderna y jazz" de "Cabalgar el tigre" (1.961) o en el de "Norteamérica negrificada" del libro "El arco y la clava" (1.968). O puede leer lo que, de acuerdo a diversos artículos de nuestro autor, hemos venido expresando -en algún párrafo- acerca de la religiosidad del judaísmo en el primero -y más breve- de nuestros dos escritos titulados "Evola y el judaísmo". Asimismo puede consultar, acerca de la naturaleza del mahometanismo, nuestro "El Islam y la Tradición". O incluso nuestras reflexiones varias que recopilamos en "¿Se puede iniciar un no indoeuropeo?". Hemos ido ampliando de forma considerable -en otros medios- los contenidos que se pueden leer en estos últimos escritos nuestros pero pensamos que como primera aproximación a lo que hemos querido expresar y reflejar nos parece suficiente la lectura de los mismos.

"Si todo lo señalado hasta este momento, a alguna mente ofuscada en sus erróneos prejuicios no le hubiese bastado para dejar de recelar sobre la postura que Evola siempre mantuvo al respecto del tema sobre el que estamos escribiendo y si todavía hubiese quien creyese que nuestro autor pudiera admitir algún tipo de mestizaje no tan sólo de carácter cultural sino hasta racial invitamos a que se lean leídas una buena batería de citas suyas que, en su momento, recopilamos en nuestros tres mencionados trabajos intitolados "Evola y la cuestión racial" y que no creemos que sea necesario reproducir en este prólogo, más si se tiene en cuenta que un buen número de ellas pertenecen a la obra que precisamente estamos prologando.

Quedan, pues, fijadas las certidumbres que defendía Evola al respecto del tema racial. Certidumbres que mantienen una coherencia total a lo largo de toda su vida, pues téngase bien presente que los artículos y libros del maestro romano que aquí hemos relacionado fueron publicados en el transcurrir de los años '30, '40, '50 y '60 de la pasada centuria y que algunos de estos libros fueron revisados y ampliados por nuestro autor en reediciones posteriores en las que mantiene -o añade- las reflexiones alusivas al tema racial.

Damos por sentado el hecho de que, a partir de ahora, nadie volverá a pensar que Evola le otorgaba un papel insignificante a la raza del cuerpo. Más todavía si tenemos presente que el también considerado como 'El último gibelino' postulaba que los rasgos físicos de una raza representan el reflejo externo de la cosmovisión y de los valores que le son innatos a ella. Por lo cual la raza del cuerpo deberíamos de considerarla y de tratarla como emanación y legado inviolable e inalterable de lo sacro y Superior."

EDUARD ALCÁNTARA

NOTAS:

1. Atributos externos de conducta que -junto a otros como los de la nobleza, la fidelidad, la austeridad, la autodisciplina o la valentía- conformarían lo que Evola definió como 'raza del alma'.

2. Quede siempre claro que, de acuerdo con el principio aristocrático de la desigualdad natural del hombre, no todos los individuos llegarán, obviamente, a conseguir los mismos logros en el terreno de la realización y/o transformación interiores.

3. Tengamos presente que el biologismo racial reduccionista no representa sino más que una de las múltiples variantes del materialismo propio de una modernidad que tan en las antípodas se halla del pasado sacro de los pueblos indoeuropeos.

4. Y aun podríamos contemplar una condición humana por debajo de la física, que sería aquella que tiene por contenido al mundo de un subconsciente al que toda persona restaurada en su integridad de cuerpo, mente o alma y espíritu debe dominar, ordenar y convertir en un reflejo de la armonía y el sosiego anímicos conseguidos.

5. Entrecomillamos, en estos casos, el vocablo 'espiritualidad' porque ni el animismo ni la religiosidad sacerdotal y lunar alcanzan el plano del Espíritu, del Ser, sino que pululan por el plano psíquico. En el caso de las creencias de corte pelásgico o lunar no se puede llegar jamás al Conocimiento –nivel Espiritual- de lo Absoluto, sino que tan sólo se tiene la aspiración limitadora de creer –nivel mental- piadosamente en lo Supremo.

1. QUE SIGNIFICA LA PALABRA RAZA

¿Qué es la raza? Citemos algunas de entre las más conocidas definiciones- *"La raza es una unidad viviente de individuos de/ mismo origen cuyas características corporales y espirituales son idénticas"* (Woltman). *"Es un grupo humano que por el hecho de compartir de un modo que le es propio un cierto número de características físicas y de disposiciones psíquicas se distingue de cualquier otro grupo humano y da nacimiento a individuos siempre semejantes a ellos mismos"* (Gunther); *"Es un tipo hereditario"* (Topruard); *"es un linaje definido por grupos de genotipos (es decir de potencialidades hereditarias) idénticas y no por hombres exteriormente semejantes morfológicamente"* (Fischer, Lenz); *"Es un grupo definido no por el hecho de poseer tales o cuales características espirituales o corporales sino por el estilo que se expresa a través de ella"* (Claus).

No hemos citado estas definiciones al azar. Hemos pasado de una a la otra según una especie de progresión que corresponde a la que durante estos últimos años ha registrado la misma teoría de la raza. Por otra parte, la raza se ha venido definiendo como un concepto antropológico, es decir, como revelador de una disciplina que ha dejado de tener el sentido antiguo y etimológico de "ciencia del hombre" en general, para adoptar el de una ciencia natural particular, considerando al hombre simplemente bajo el ángulo de las características respecto a las cuales no representa sino una especie natural entre otras.

De este modo, al principio no se disponía sino de un concepto puramente naturalista y descriptivo de la raza, al igual que se describían en su evidente igualdad, las diferentes variedades animales y vegetales, de igual modo se agrupaban los seres humanos en diversas categorías a partir de la verificación de ciertas características

recurrentes, las cuales eran esencialmente corporales, semánticas. Criterio puramente estático y cuantitativo, por consecuencia eran las características comunes manifestadas encontradas en la mayoría de los individuos lo que es considerada como definitorio de la raza.

En los orígenes de la antropología moderna, la investigación se centraba en lo inmediatamente más externo: color de la piel, de los cabellos y de los ojos, estatura, rasgos del rostro, proporciones, forma del cráneo. Un primer paso consistía en la adopción de medidas- se fijan mediante cifras las proporciones del cuerpo, se miden los índices craneales y las ayudas parciales. Las técnicas descriptivas se esfuerzan en convertirse en "positivas ideas de la psicología, se busca identificar las disposiciones que por su carácter repetitivo corresponden -o se hacen corresponder- a los diversos grupos humanos.

La antropología de ayer considera también el elemento hereditario una vez contrastadas las diferencias existentes entre los seres humanos vivos, se vienen naturalmente a suponer las constancias de esas diferencias tanto entre los genitores como entre sus descendientes. Sin embargo, la particular importancia dada al elemento herencia es propio de una antropología más reciente, próxima al racismo propiamente dicho. De aquí, esas definiciones de Spinar, Lenz y Fischer evocadas más arriba. Para el racismo moderno, la teoría de la herencia es fundamental. Se afirma, contrariamente a las concepciones de la vieja antropología, que no son todas las características o disposiciones que se dan en un grupo humano las que deben ser atribuidas a una raza, sino únicamente las aptas para ser transmitidas de modo hereditario.

Pero esto no es todo. Tras haber constatado un cierto número de modificaciones externas (llamadas también paravadaciones) que por diversas razones pueden surgir en un tipo dado sin que por tanto se transmitan hereditariamente, se formula la distinción fundamental entre el genotipo y su fenotipo. El "*genotipo*" es, por así decir, una potencialidad: es la fuerza que da nacimiento a un tipo, o a una sede de tipos, los cuales no pueden variar sino entre ciertos límites bien determinados. La forma exterior (exterior en sentido amplio pues la teoría de la herencia aplicada al hombre considera no solamente las características morfológicas, sino también las disposiciones psíquicas) que nace cada vez del "*genotipo*" puede en realidad ser variable y puede aparentemente alejarse del tipo original hasta el punto de no ser reconocible. Esta forma exterior se llama fenotipo. Entre las especies naturales se ha podido constatar que las modificaciones que conciernen al "*fenotipo*" no tocan la esencia. Bajo las influencias de fenómenos exteriores a él (bien sean subjetivas o bien debidas al medio). La potencialidad del "*genotipo*" se comporta casi como una sustancia elástica: parece perder, -dentro de ciertos límites- su forma propia pero la recupera cuando cesa la sollicitación en los tipos a los cuales éste da nacimiento en el curso de las generaciones siguientes. Un ejemplo típico nos lo da el mundo vegetal, la planta primavera china produce a temperatura normal, flores blancas. Pero si al cabo de cierto tiempo decidimos plantar una semilla de esas plantas en su medio a temperatura normal, veremos brotar unas plantas de flores rojas idénticas a su progenitor. La variación del fenotipo no es pues esencial, sino transitoria e ilusoria, la potencialidad subsiste, intacta, conforme al tipo original.

Lo que es hereditario (y según las concepciones más recientes "de raza") no son pues las formas exteriores en sí mismas, sino las potencialidades, los modos constantes de reaccionar frente a circunstancias diversas, eventualmente de manera diferente, pero siempre en conformidad con ciertas leyes.

Tal es el fundamento de la actual concepción de la raza. Con la definición de Claus evocada más arriba, fundador de lo que se ha dado en llamar psicoantropología, se va aún más lejos y se constata una cierta "espiritualización" del genotipo. La esencia de la raza debe buscarse en un estilo, en su modo de ser. Aquí la raza se convierte en una especie de linaje constante que se expresa no sólo a través de las características físicas (es decir a través de la raza del cuerpo), sino también en el modo de utilizar ciertas disposiciones o aptitudes psíquicas, así como lo demostramos seguidamente a partir de este estilo (hereditario del mismo) se define un grupo humano, grupo que con relación a otros grupos de estilo diferentes corresponde a una raza.

2.- SIGNIFICACIÓN INTERIOR DE LA RAZA

Si con este rápido repaso de los trabajos más recientes en la materia hemos podido constatar una evolución del concepto de "raza" no hemos podido liberarla sin embargo del ámbito de las definiciones abstractas. Nos queda por precisar lo que debería hoy significar de un modo viviente la raza para el individuo y consiguientemente, lo que hay que entender por "conciencia de raza" propiamente dicha. Estamos ante un punto fundamental a propósito del cual nos podemos referir a experiencias de todos los días.

La expresión "hombre de raza" no es de ayer. En general, se refería a una idea aristocrática: de la mayoría de individuos comunes y mediocres se destacaban seres de raza, es decir seres superiores, "nobles". Tal nobleza (insistimos sobre este punto) no equivale necesariamente a un significado "heráldico", sino que de un campesino, de un hombre del pueblo que permanezca puro y sano podría emanar esta impresión de raza como de los representantes de una auténtica aristocracia. No era por casualidad si entre la nobleza ciertas tradiciones favorables han conseguido salvaguardar durante mucho tiempo la pureza de sangre, e igualmente ciertas condiciones favorables en el campo, lejos de las ciudades, donde las ocupaciones y los hábitos sanos han podido producir efectos comparables en otros elementos no aristocráticos de un pueblo dado.

Por otra parte, la palabra "raza" como la de "sangre" ha revestido en el pasado una significación precisa y viva bien diferente de la que le han dado hoy y que es sobre todo de orden científico y biológico. Se dice por ejemplo: "*Buena sangre no sabía mentir*". Se habla de "*instinto de sangre*". Hay injurias sangrientas, situaciones frente a las cuales la "*sangre forma un charco*". ¿Qué significa todo esto? En lo más profundo del ser humano, más allá de la raza de los conceptos abstractos, del razonamiento discursivo y de las convenciones nacidas de la vida en sociedad, existen instintos que poseen una forma determinada unida a la posibilidad de reacciones directas y absolutas que en el hombre de "raza" son normales, mientras

que en el hombre vulgar todo esto no se manifiesta sino de forma esporádica: en casos extremos y situaciones de excepción.

¿Se trata aquí de impulsos pertenecientes a la pura vida animal y psicológica? Sería temerario afirmado aquí. Las fuerzas a las cuales hacemos alusión, las reacciones instintivas del hombre de "raza", lejos de ser una prolongación de los instintos animales, lo contradicen a menudo imponiendo a la simple vida una norma superior, prescribiéndole obediencia a un cierto "linaje", a un "estilo" hecho de dominio de sí, tensión interior, afirmación y que se convierte en él en natural y espontáneo. Las reacciones de la raza no tienen en común con los instintos animales sino la posición y la inmediatez, no proceden del razonamiento o de las consideraciones intelectuales, sino más bien al contrario, manifiestan en su espontaneidad toda la personalidad de un ser. Más eso no es todo; inciden igualmente en el ámbito del intelecto pues se manifiestan según formas específicas y directas de sensibilidad, de juicio y de adhesión a ciertos valores. A través de la raza, mediante la sangre, el hombre llega a evidencias que no se discuten y que a su nivel son tan directas como las de las ideas suministradas por los sentidos sanos y normales. Al igual que nadie se pierde en discusiones sobre la razón por la cual el color rojo es rojo, igualmente es una característica propia al hombre de "raza" un cierto número de evidencias naturales y precisa (mientras que en el mismo ámbito, el hombre "moderno" intelectualizado y degenerado está reducido a avanzar a tientas, intentando sustituir la facultad perdida de la vista así como la del tacto, por el sesgo del discurso y del instrumento intelectual, lo que frecuentemente tiene como flaco resultado el permitirle pasar sin advertirlo, de una crisis a otra o adoptar simples criterios conformistas).

Tal es, pues, el plan sobre el cual conviene comprender y vivir la raza. La raza vive en la sangre e incluso más allá, a un nivel aún más profundo, allá donde la vida individual comunica con una vía supraindividual que, no obstante no debe entenderse en sentido naturalista (en tanto que "vida de la especie") sino como un ámbito donde actúan ya fuerzas realmente espirituales.

Los antiguos conocían bien todo esto; los cultos dados a los *lares*, a los *penates*, a los héroes, al "*daimon*" de la gens, entidades que simbolizaban el misterio de la sangre y las fuerzas místicas de la raza.

La ciencia ciertamente está en vías de evidenciar por medio de los resultados obtenidos por la genética, la teoría de la herencia, la demografía, o la patología y la importancia de la raza. Pero esto, puede, todo lo más, favorecer el despertar de un sentimiento de raza, no creado. Así es preciso que una reacción interna se produzca y para esto el "mito" (en tanto que idea-fuerza, que idea animadora) es mucho más eficaz que no importa que orden de consideraciones científicas. ¿Qué es el mito? Ya hemos hecho alusión a él: es la raza, en tanto que confiere a la existencia una plenitud, una superioridad y una rectitud. Hay seres culpables y hay seres de raza. Vengan de la clase social que vengan, constituyen una aristocracia en la cual vive una misteriosa herencia venida del fondo de las edades.

Esta es la razón por la que al nivel mismo de sus definiciones más generales, el racismo posee un valor de reactivo. Las reacciones de los individuos con respecto a las ideas racistas constituyen una especie de barómetro que revela la "cantidad" de

raza presente en ellos. *DECIR SI O NO AL RACISMO NO ES UNA SIMPLE ALTERNATIVA INTELLECTUAL, NO ES UNA ELECCION SUBJETIVA Y ARBITRARIA.* Dice sí al racismo aquel en el que la raza vive aún; y por el contrario se opone aquel que buscando coartadas en todos los ámbitos a fin de justificar su aversión y desacreditar el racismo, demuestra que ha sido interiormente vencido por la antiraza (aquél en el cual las fuerzas originales han sido reprimidas, ya por el peso de los deshechos étnicos, herederos de cruzamientos y de procesos de degeneración, ya sea por un estilo de vida burgués, afeminado e intelectualizante) habiendo perdido tras numerosas generaciones todo contacto con lo que es auténticamente original.

Esto debe ser puesto en relieve claramente, casi a título de premisa, en toda exposición seria de las ideas racistas.

3. CONSECUENCIAS DEL SENTIMIENTO DE RAZA

El conde de Gobineau que, desde cierto punto de vista, puede ser considerado como el padre del racismo moderno, no ocultó jamás las razones profundas de su opción; lo que le incitó a escribir su famoso: "**Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas**" en 1853 fue una reacción de todo su ser contra la "*ciénaga democrática e igualitaria*" en la que se hundían cada vez más las naciones europeas.

Ahora bien, es precisamente ese *pathos* el que debería acompañar toda actitud racista coherente y, por deducción, producir efectos precisos en el ámbito político-social. Bien entendido, tales deducciones no pueden ir más que en el sentido de las ideas maestras del fascismo, las cuales se encuentran de este modo reforzadas y dinamizadas, por casi decir.

Proclamarse racista significa efectivamente levantarse contra el mito democrático según el cual el valor supremo sería "*la humanidad*" en singular mientras que todos los seres serían por esencia iguales puesta por el evangelio de los *inmortales principios* no existe o representa a nuestros ojos bien poco.

Debe de quedar bien claro que no entra dentro de nuestras intenciones el negar la existencia de un cierto número de elementos que son comunes a la gran mayoría de seres humanos; pero también se plantea la existencia de otros aspectos que presentan diferencias igualmente evidentes e incontestables no menos reales. Ahora bien, si se quiere establecer una escala de valores entre unos y otros, hay que tomar posición: para las vocaciones internas, se trata aquí de una nueva "puesta en acción". El racismo, lo podemos afirmar sin reservas, se define conforme con el espíritu clásico, ese espíritu cuya característica fue la exaltación de todo lo que tiene una forma, un rostro, una indicación por oposición a todo lo que es informe o bueno para todos o indiferenciado. El ideal clásico (y añadiremos nosotros) igualmente "ario", es el del cosmos, es decir de un conjunto de naturalezas y de sustancias bien individualizadas, unidas de modo orgánico y jerárquico a un todo: no tiene nada que ver con el ideal

más o menos romántico o panteísta del caos en tanto que principio que, en su indiferenciación se sitúa por debajo de todo lo que tiene una forma.

En esta concepción, la mítica "humanidad" de la fábula democrático aparece desde nuestro punto de vista, simplemente como un denominador común, un substrato colectivo que no tiene para nosotros mayor interés salvo en el marco de las formas vivas, concretas y bien definidas en los cuales se articula. Ahora bien, esas formas son precisamente las razas en tanto que unidades tanto de sangre y de instinto como de espíritu. El racista, consecuentemente, reconoce la diferencia y quiere la diferencia para él: ser diferente, ser cada uno si mismo no es un mal sino un bien. ¿En qué momento existió verdaderamente esa famosa humanidad? Cuando de un mundo bien articulado se involuciona a un mundo caótico, colectivista, indiferenciado, que no se puede concebir sino como el estado final espantoso de un proceso de nivelación y de disgregación social y espiritual. En este momento cuando en la hipótesis en el que cualquier diferencia corporal subsistiría aún cuando se la consideraría como accidental, no esencial, insignificante y despreciable. He aquí lo que se oculta detrás del mito igualitario y detrás la ideología democrática y liberal. En la visión racista de la vida, por contra, toda diferencia (incluso física) es simbólica lo interior se manifiesta al exterior, lo que es exterior es símbolo signo o síntoma de algo interior tales son los principios fundamentales de un racismo completo. Desde el punto de vista romano y fascista que es el nuestro, es particularmente importante insistir sobre esta vocación clásica, a la cual ya hemos hecho alusión del racismo: firmeza de voluntad, rechazo de todo lo que es indiferenciado, reasumir los principios mismos de nuestra antigua sabiduría: *Conócete y se tú mismo*. Fidelidad a su propia naturaleza, es decir, a su sangre y a su raza tal es la contrapartida interior ética y espiritual de las ideas que la genética, las ciencias de la herencia y la biología suministran a las formulaciones del racismo científico. Y tales son las directivas precisas que se derivan para la educación racial.

4. HERENCIA RACIAL Y TRADICION

¿Cuál es en particular el significado sobre el plano interior de la ley de la herencia, tal y como puede ser vivida?

Este significado es doble. Consiste en primer lugar en una superación de la concepción liberal, individualista y racionalista por la conciencia racista, el individuo no es una especie de átomo, una entidad en sí que vive y tiene sentido solo por sí misma. El racismo concibe y valoriza por el contrario al individuo en función de una comunidad dada ya sea en el espacio (en tanto que raza de individuos vivos) o en el tiempo (en tanto que unidad de un linaje, de una tradición o de una sangre). En lo que concierne al primer aspecto (es decir, el valor del individuo como función orgánica de un todo en el espacio) se constata una convergencia del racismo. En cuanto al segundo aspecto (a saber, la unidad en el tiempo) la conciencia racista atribuye una significación a la vez más viva, más estimulante y más interior que lo que la concepción más consciente de ese término entiende por "*Tradición*". Pues

efectivamente se ha dado muy a menudo a esa palabra un sentido puramente historicista, cultural y "humanista" (cuando no se ha caído claramente en la retórica). Cuando por tradición se entiende la suma de las creaciones, de las adquisiciones y de las creencias heredadas de nuestros predecesores, aun estamos lejos de poner de relieve lo esencial, el substrato más profundo de toda tradición digna de ese nombre. Ese substrato es la sangre, la raza, el sentimiento de estar unida menos a las creencias de nuestros ancestros que a las fuerzas mismas de donde dichas obras precederían (fuerzas que perduran en nuestra sangre, en los pliegues más misteriosos y sagrados de nuestro ser). De este modo, el racismo vivifica y hace palpable el carácter de tradición: habituara al individuo a ver en nuestros conceptos, no a una serie de "muertos" más o menos ilustres, sino la expresión de algo que vive aún en nosotros y a lo cual estamos unido interiormente. Somos portadores de una herencia que nos ha sido transmitida y que nosotros debemos transmitir -y en estas condiciones, hay algo que supera al tiempo, algo que comienza a hacer presentir lo que hemos llamado la "raza externa".

Vayamos no obstante a la segunda significación de la concepción racista, aquella gracias a la cual comprendemos como el racismo es la exacta refutación de las teorías lamarkianas y también en parte de las teorías marxistas concernientes a la influencia del medio. Es falso pretender que el medio determina a los individuos y a las razas. Ya sea natural, histórico, social o cultural, el medio puede únicamente influir sobre el "genotipo" es decir, sobre la manera como, exteriormente y de un modo contingente, se manifiestan en un individuo o en un grupo dado ciertas tendencias hereditarias y de raza que serán siempre el elemento primero, original, esencial e incoercible. Ser racista significa, pues, tener una conciencia y conocimiento preciso del hecho de que son fuerzas arraigadas en lo más profundo de nosotros (y no las influencias mecánicas e impersonales del medio) las que verdaderamente son determinantes para nuestra existencia, nuestro carácter y nuestras vocaciones. Punto de vista que, entre otras, nos lleva a nuevas perspectivas históricas: tomando así la contrapartida de la teoría del medio, se rechazará igualmente la idea según la cual las grandes civilizaciones del pasado habían sido determinadas por su situación geográfica, las condiciones cismáticas e incluso históricas en el estrecho sentido de la palabra, tanto como por la economía. Por el contrario, en el hombre la fuerza decisiva que a veces incluso en su medio hostil, ha dado formas a las diversas civilizaciones (sin embargo, es preciso repetirlo, no el hombre *in abstracto*, sino el hombre en tanto que representante de una raza tanto corporal como espiritual). Esta raza exterior e interior no es solo la causa de que en el conjunto de un pueblo dado, una vocación dada sea el hecho de grupos de individuos dados: es también en función de ella que en un medio y en sus épocas dadas haya nacido una civilización de guerreros más que de comerciantes, de ascetas más que de humanistas etc. Se muestran, una vez más, decisivas esas fuerzas fatales y fatídicas que viven en nosotros, dan forma a nuestra naturaleza propia y están unidas al misterio de los orígenes.

¿Cuales son las relaciones que mantienen el individuo y de un modo general la personalidad humana con tales fuerzas? Algunos podrían creer que con el racismo se cae en una nueva forma aunque interiorizada de determinismo: la raza sería todo y la personalidad en tanto que tal, nada. Es esta la razón por la que a veces se viene a

sospechar un vago colectivismo, un retorno al espíritu del Clan, a la promiscuidad de la horda salvaje. Pero la realidad es bien diferente, se puede decir con razón que -si el individuo no existe fuera de la raza, en un cierto modo la raza no existe fuera del individuo o, mejor, de la personalidad-. Si se quiere dar todo su sentido a esta formulación, conviene acordarse del contenido aristocrático de expresiones tales como "*ser de raza*" o "*tener raza*". De un modo algo paradójico, se podría decir que la raza no existe verdaderamente sino en aquellos de sus representantes que realmente "tienen raza". En otras palabras, la raza es una herencia al mismo tiempo que un substrato colectivo, puesto que tiende a expresarse en todos y de un modo o de otro alcanza en algunos una plena y perfecta realización. Y es justamente aquí donde se afirma la acción y la significación del individuo, de la personalidad. En los hombres verdaderamente superiores, la raza se cumple alcanzando un nivel que es, al mismo tiempo, el de los valores de la verdadera personalidad. La herencia racial puede compararse a un patrimonio recibido de los ancestros y transmitida a los herederos. No hay ningún determinismo, ya que se ha acordado las descendencias una total libertad de usada a su gusto: puede hacerlo todo por conservados y aumentados y hacerlos fructificar.

Así como por el contrario puede escoger el disipada y reducida a la nada. De lo que un ancestro tanto espiritual como biológico le ha transmitido, el individuo puede pues, si permanece fiel a su raza, extraer las fuerzas necesarias para alcanzar una perfección personal y representar la encarnación del ideal íntegro de una raza. Al igual que puede contaminar esa herencia, dilapidarla, ponerla al servicio de determinismos a la que dan lugar mezclas de sangre y mestizajes de tal tipo que ésta, tarde o temprano, será sofocada por influencias paralizantes o disolventes.

Por esta razón, si la conciencia racista reconoce la significación y el papel de la personalidad en la raza, aspira, por otra parte, a despertar en el individuo el sentido exacto de sus responsabilidades en cuanto al uso de su libertad con respecto del patrimonio racial. Tanto biológico como espiritual que una larga cadena de generaciones le ha transmitido.

5. RAZA Y NACION

No hay racista, incluso el más extremista que no esté presto a reconocer que expresiones tales como "raza blanca", "raza alemana", "raza anglosajona", e incluso "raza hebraica", son científicamente incorrectas pues, en este ámbito, conviene hablar de pueblos o de naciones, sabiendo perfectamente que en nuestra época ningún pueblo ni nación pueden pretender corresponder a una raza única, pura y homogénea. Lo demostraremos rápidamente teniendo presente que, hoy cuando se habla de raza, no se recurre a las grandes categorías generales de la antropología de ayer (la cual se contenta con hablar de raza blanca, negra, roja, amarilla, etc.), sino a la unidades étnicas más individualizadas y más originales que de una cierta manera, se podrían comparar a cuerpos simples (o elementos) que son la ideas de base de la química en su estudio de los compuestos. Las naciones y los pueblos serían consecuentemente compuestos (más o menos estables y homogéneos) de tales elementos. Para Deniker, por ejemplo, la palabra "raza" se refiere a un conjunto de

características que se encontraban en el origen en un conjunto de individuos, pero que hoy están desparramadas en proporciones variables en diversos grupos étnicos que son precisamente los pueblos y las naciones modernas, grupos que se distinguen unos de los otros principalmente por la lengua, el modo de vida, los hábitos etc.

¿Cuáles son entonces las relaciones que subsisten entre la idea nacional y la idea racial?

¿Dónde reside el elemento preponderante? ¿En la nación o en la raza? Por delicado que sea este problema, debe ser abordado, pues si nuestra posición adoleciera de falta de claridad, sería imposible penetrar en el sentido y el fundamento de todos los aspectos prácticos y "operacionales" del racismo y sobre todo del racismo selectivo. Al igual que los pueblos, las naciones son síntesis. Se puede coincidir en que los elementos que figuran en tal síntesis no son exclusivamente raciales cuando se concibe la raza como una entidad puramente ética y antropológica. Pero esta concepción no es la nuestra. Para nosotros la raza es una entidad que se manifiesta tanto en el cuerpo como en el espíritu. Las diferentes formas de cultura, arte, religión, etc. son manifestaciones de la raza del alma y del espíritu. De este modo los elementos no étnicos, ni antropológicos que permiten definir una nación pueden también convertirse en objetos de investigaciones "racistas".

Ahora conviene decir algunas palabras a cerca de las consecuencias del mestizaje. Revelemos, ante todo, que cuando razas heterogéneas se mezclan el resultado no es solamente la desnaturalización en sus descendientes, de los rasgos característicos propios a los tipos puros correspondientes. En efecto, se observa una hibridación mucho más grave en cuanto a sus efectos, es decir una descendencia en la que la raza del cuerpo de un tipo dado no corresponde con la "raza del alma" ni con la "raza del espíritu" que de modo normal deberían corresponder y a las cuales, en el origen estaban unidas: unas desavenencias e incluso frecuentemente, un desgarramiento interior que se deriva necesariamente.

En segundo lugar, es necesario detenerse sobre la generalización de los conceptos propios a las teorías de Mendel concernientes a la herencia de los caracteres "dominantes" y "recesivos". En un cruce, se puede dar que en los descendientes, durante una o varias generaciones, lleguen a predominar solamente las características de uno de los dos tipos, hasta el punto de hacer nacer la ilusión de que ninguna mezcla, ninguna bastardización o hibridismo tiene lugar. Esto no es más que simple apariencia. Las potencialidades hereditarias (comprendidas las de otro tipo) se transmiten y actúan en los descendientes, pero bajo una forma latente; son por así decirlo, "emboscadas" por el hecho de que durante un ciclo dado, sólo ha predominado la influencia de las potencialidades hereditarias propias al primer tipo. Pero en uno o en otro nacimiento reaparecerán, se afirmarán de modo visible y determinarán una forma correspondiente. Son esas características latentes las que definen la cualidad recesiva en oposición a la otra llamada "dominante".

Mientras que en el ámbito estrictamente biológico y en el de las especies naturales (vegetales o animales) la función "recesiva" y la función "dominante" están en su alternancia, sometidas a leyes objetivas e impersonales, su aplicación a las razas

humanas hace de nuevo intervenir el factor espiritual. Una cualidad permanece como "dominante" más allá de los cruzamientos que quedan encerrados en ciertos límites, en tanto que subsiste una cierta tensión, una cierta presencia de sí mismo, por así decir, de la raza. Cuando esta tensión disminuye, la cualidad "dominante" deja de ser tal y las influencias externas (obligadas hasta entonces a permanecer recesivas, es decir presentes únicamente de forma latente) se manifiestan a su alrededor.

Una vez precisadas esas nociones elementales en materia de doctrina de la raza, se puede afrontar el problema de las relaciones existentes entre raza y "nación" y entre raza y "pueblo". Hemos dicho que las naciones como los pueblos son hoy, rigurosamente hablando, entidades étnicas mixtas que, bajo su forma actual proceden de diversas vicisitudes históricas. Las unas y las otras son puntos de succión no sólo de diversas "razas del cuerpo" sino también de diversas "razas de espíritu" las cuales constituyen el substrato más profundamente escondido de los elementos de civilizaciones y de influencias culturales variadas. El punto de vista que prevalece en la era democrática, en lo que concierne a las naciones, era de orden historicista y agnóstico: se evitaba el problema del origen y de la formación de las naciones aceptando la situación como "hechos consumados", de una comunidad dada y esforzado simplemente en mantener según un cierto equilibrio, las diversas fuerzas que actúan en su seno, a veces incluso de forma contradictoria.

Con el racismo, los nuevos conceptos de Estado y de nación definidos por el fascismo cambian. El problema de los orígenes no pueden ser eludido en la medida en que se reconoce que la línea de conducta política no puede ser un "sistema de equilibrio" sino de firme dirección del Estado y de la nación por una élite, por un núcleo que representa el elemento más válido y más digno en relación a cualquier otro. Es entonces cuando el problema de la formación de las naciones exige que se le replantee en un marco bien diferente del antiguo, y desde una perspectiva exclusivamente historicista. En el origen de toda verdadera tradición nacional, vemos una raza relativamente pura y homogénea al menos en tanto que raza dominadora con respecto a otras razas que se le someten. Se constata así que en el curso de los siglos, esta raza original ha atravesado vicisitudes en las que ha perdido su vigor, o en que influencias extrañas han causado por formar parte de unidades político-sociales creadas por ellas en las que las leyes naturales y espirituales, se manifiesta un mestizaje por ese mismo hecho de haber sido acogidos elementos propios de otras razas -con lo cual lo que había conservado hasta entonces un carácter "dominante" no persistía más que bajo una forma sofocada, "recesiva". Por otra parte, se constatan igualmente resurgimientos esporádicos de la raza y de la tradición originales, una tendencia a mantenerse pese a todo, a liberarse, a dar lugar de nuevo a formas y a creaciones fieles a su propia naturaleza.

Conforme a este nuevo modo de ver debe ser escrita y enseñada toda nuestra "historia nacional", no en vistas a un conocimiento abstracto o de estériles recriminaciones, sino a promover decisiones de orden interior y una formación de la voluntad bien precisa. Es preciso, consecuentemente, impregnarse de esta idea de que en la tal "nación" ha existido y existe siempre una "raza superior". Todo lo que viniendo del exterior, de razas diferentes, se añade a la tradición nacional unida de

esta raza, no tiene, ni tendría en principio, un valor positivo sino en la exacta medida en que los orígenes raciales de los que ésta procede sean similares, y cuando prevalezcan condiciones gracias a las cuales el núcleo original pueda mantener, ante todo en el ámbito espiritual, su cualidad "dominante". Si éste no es el caso, ese añadido es pues algo inútil, paralizante o incluso disolvente.

En lo que concierne al futuro, si evidentemente se debe tender a mantener la cohesión y la integridad de los sistemas correspondientes a un pueblo dado, se debe igualmente ser consciente del peligro consistente en "dejar hacer la historia". Es necesario, por el contrario, actuar a fin de que la parte racialmente más válida de la nación se conserve e, incluso, se desarrolle a lo largo de las generaciones futuras y que universalmente los componentes menos válidas (o simplemente secundarias) no se extiendan y se refuerzan hasta el punto de prevalecer.

Es en las diversas vicisitudes y en las diversas épocas de la historia nacional donde un ojo despierto deberá precisamente habituarse a reconocer los aspectos ocultos y sobre el plano racial, a descubrir la alternativa de influencias de elementos que de recesivas se consienten en "dominantes" (y viceversa), y del cual proceden períodos o ciclos que no son solo las etapas de un proceso homogéneo y continuo sino sistemas y manifestaciones de una u otra de esos componentes que por consentimiento son asociadas al curso de la historia.

Desde este punto de vista, "la raza" significa sin duda alguna, algo más que la simple nación, es el elemento dirigente y formador de la nación y de su civilización dominante. Y esto es perfectamente conforme con las ideas fascistas. El fascismo (diferente en esto del nacional-socialismo y superándolo) rechaza de hecho, el concebir la "nación" fuera del Estado. Para el fascismo es el Estado el que da forma y conciencia a la Nación. Pero el Estado, no es una entidad abstracta e impersonal, según la idea fascista, el Estado es también el instrumento de una élite política de los mejores elementos de la nación. Con el racismo, se da un paso adelante; esta élite está destinada a retomar la antorcha de la raza y de su tradición más elevada, presente en la componente nacional. Y cuando Mussolini decía en 1923: "Roma es siempre, como mañana y en los siglos venideros, el potente corazón de nuestra raza; es el símbolo imperecedero de nuestra vitalidad" indicaba ya sin inequívoco la dirección de una decisión ineluctable: la raza ideal de la nación italiana, es la raza de Roma, esa que hemos justamente calificado de arioromana.

Recordemos igualmente lo que decía Mussolini en 1923 dirigiéndose a la élite fascista: *"Vosotros representáis realmente el prodigio de esta vieja y maravillosa raza que ciertamente conoció horas sombrías, pero jamás las tinieblas de la decadencia. Si apareció por momentos eclipsada, fue siempre para renacer con más claridad aún"*. Todo esto corresponde exactamente, a lo que hace poco habíamos expuesto en términos de "racismo" contemplando la persistencia hereditaria de la raza primordial y de las vicisitudes nacidas de la alternancia de las formas "dominantes" y "recesivas" en el curso del desarrollo de las historias "nacionales".

6. SIGNIFICACION DE LA PROFILAXIS RACIAL

En Alemania como sabe todo el mundo, sobre la base de los resultados obtenidos por la teoría de la herencia aplicada a la raza, a la higiene racial y a la demografía, se han adaptado desde hace un cierto tiempo medidas con el fin de impedir la transmisión de una herencia tarada a los descendientes. No es este el lugar para examinar el fundamento de tales medidas ni de discutidas. Diremos simplemente que: en lo que concierne al límite de validez de las leyes de la herencia, en numerosos casos, este no podría ser fijado de modo absoluto. La idea de una simple probabilidad de riesgo debería ser suficiente para imponer a todo hombre dotado de una conciencia ética, una firme línea de conducta y refrenar todo lo que le puede ser dictado por el instinto ciego o el simple sentimentalismo.

Evidentemente, es preciso decir lo mismo en lo que concierne a las cruces con razas europeas. Una de las circunstancias que han favorecido las tomas de posición "racistas" de Italia ha sido precisamente la necesidad de prevenir el mestizaje de nuestro nuevo imperio colonial. Pero, una vez más, lo que debería ser decisivo, es ante todo, una actitud interior de concierto con la clara conciencia de cumplir una pura y simple traición con respecto de su sangre y de sus ancestros al mismo tiempo que un crimen cara a su descendencia, ya que, para satisfacer un capricho y por pasividad frente a sus propios instintos físicos o sus sentimientos, se favorece una contaminación de la raza. No es necesario, llegado a este punto, suponer la pureza racial en sentido absoluto: si el tipo general es "mixto" es una razón suplementaria para precisamente imponerse su defensa contra todo mestizaje y toda necesidad aún de ser protegido ya que no dispone de caracteres "dominantes" de tipo puro que (en ciertas circunstancias sobre las que volveremos) puede perfectamente absorber y organizar bajo su ley, sin alterarse por tanto, a estos elementos relativamente heterogéneos introducidos tras el cruzamiento.

La defensa contra el mestizaje y el aislamiento de los elementos en los cuales la raza está ya extinguida, tales son los principales aspectos del racismo profiláctico y que deben ser objeto de medidas propias de lo que se ha dado en llamar "higiene racial", el cual no deja de tener estrechas relaciones con la demografía general. Pero nuestro racismo va más lejos; este no sólo comprende el promover una acción no solamente negativa, es decir defensiva, sino también positiva, por esto entiende una acción de reforzamiento y de selección intensivas. En este ámbito está claro que sería vano considerar una legislación en el propio sentido de la palabra, como en el primer caso-. El principal objetivo es aquí, por el contrario, la formación de un instinto, el refinamiento de una sensibilidad. Esto viene a replantear el problema tan delicado de la elección conyugal, entendiendo aquí que se trata de alguien perteneciente al mismo nivel. En materia de selección es el único ámbito en el que se puede pasar de la teoría a la práctica y obrar de forma positiva a fin de que la raza de las generaciones venideras de una nación dada -(una nación en general)- se purifique gradualmente, se eleve y se acerque aun más al tipo propio al núcleo superior (o raza ideal) presente en ese nivel.

7. EL PELIGRO DE LAS CONTRA SELECCIONES

Si se desea seguir en esta dirección, es necesario no sólo tener una conciencia racista de orden general, sino sobre todo un ideal racial bien preciso (no teóricamente, sino en tanto que objeto de una aspiración vivida y sincera, la cual debe ser compartida por el mayor número posible de individuos de ese pueblo). Para llegar a ello, un metódico y paciente trabajo de educación es indispensable. Y es, evidentemente, ante todo, a la juventud a quien debe dirigirse, haciendo llamada a todos los medios posibles para alcanzar este fin, modelos del pasado, literatura especializada, cine incluso. Nadie ignora las sugerencias que ha podido ejercer por ejemplo, un cierto cine americano sobre las masas, confiriendo la calidad de ídolos populares internacionales (a menudo desde el punto de vista racial). Es pues por medio de este tipo que habrá que llegar a revivir en las fuentes, el ideal humano dado, correspondiente a la raza eminente que está presente. Y sí a las "sugerencias" ejercidas por tal tipo humano se añaden una conciencia racial, junto con un sentimiento de dignidad interior y de responsabilidad que hemos evocado con insistencia, se habrían reunido las premisas esenciales de una selección interior y de una consolidación de la raza.

En materia de elección conyugal, el de la mujer por el hombre es evidentemente esencial y esto, no sólo porque en la práctica, esta iniciativa se toma sobre todo por el, sino igualmente en conformidad con leyes raciales bien precisas. Según las antiguas enseñanzas arias concernientes a la raza, en un cruce, el heredero masculino tendría en efecto un carácter "dominante" mientras que la heredera femenina tendrá, por el contrario, un carácter "recesivo". De aquí se derivan dos leyes importantes:

- 1) En los descendientes de la unión de un hombre de raza "inferior" y de una mujer de raza "superior" esta cultura permanece reprimida y contaminada.
- 2) En los descendientes de la unión de un hombre de raza "superior" y de una mujer de raza "inferior", la raza de esta última puede ser rectificada y prácticamente neutralizada.

Para el problema que nos ocupa aquí, no consideramos más que el caso de una superioridad y de una inferioridad relativas, actuando en el fondo de razas que no están verdaderamente presentes en un mismo pueblo europeo. Esas dos leyes descansan sobre condiciones internas, espirituales, de las que ya hemos hablado en nuestras diversas obras sobre la raza: con su simple enunciado, la importancia que pueden revestir en la cuestión de la elección conyugal y de la selección racial salta a la vista. Una nueva necesidad, un nuevo instinto, la sugestión ejercida por un ideal racial bien preciso deberían ordenar gradualmente las naciones. No en el sentido de racionalizarlas, como podría tener lugar en cualquier establecimiento zootécnico del Estado, sino en el de volverlas conscientes, a fin de que lo que las determine no sea sólo el viejo sentimiento o el deseo (y aún menos una cierta coyuntura económica, utilitaria o conformista) sino que poseen al menos en pie de igualdad los intereses y las inclinaciones propias a ese tipo de hombre que en el sentido superior tiene "raza".

Por esta razón, el racismo debe clarificar y precisar su posición en materia de demografía. Sobre todo en cuanto a lo que se ha dado en llamar "campana demográfica" guardando el espíritu sobre la base de las leyes de la herencia ya que las contra selecciones son siempre posibles.

Queremos decir con esto que en materia de demografía, no nos podemos contentar con el exclusivo criterio cuantitativo (el nacimiento del mayor número de niños posibles) pues debe considerarse también la calidad, la cual debe interrogarse sobre cuales son los niños que una nación prolífica debe desear. Multiplicando simple e indiscriminadamente el número sin tener ninguna noción del Estado racial del conjunto de una nación, puede finalmente conducir a favorecer una invasión de elementos de la raza menos deseable (puesto que en razón de circunstancias particulares, esta son las que proliferan) en detrimento de la raza superior pero menos numerosas. Es en ese caso, cuando se produce la selección al revés atentamente estudiadas por Vacher de Lapouge, y cuyo resultado es un descenso del nivel racial de una nación. Un peligro semejante (que en un gran número de civilizaciones fue fatal para los organismos políticos creados por diversos núcleos de razas arias dominadoras) puede ser neutralizado cuando el Estado se consagra a la educación de la sensibilidad y de las inclinaciones a la que ya hemos hecho alusión, hasta que todo esto llegue a ejercer una acción precisa y positiva en las elecciones conyugales y de un modo más general en las naciones en el interior de una nación dada.

8. RAZA Y ESPIRITU

Hemos dicho ya que en el ámbito de la concepción "totalitaria" del racismo fascista, la raza no se reduce sólo a una simple entidad biológica. El ser humano no es sólo cuerpo, es también alma y espíritu. Pero la antropología científica o bien partía de una concepción materialista del ser humano, o bien, reconociendo la realidad de principios y de fuerzas no materiales en el hombre, se contentaba, sin embargo, con situar el problema de la raza en el marco del cuerpo.

Incluso en numerosas formas de racistas contemporáneos, las posiciones en cuanto a las relaciones existentes entre la raza, el cuerpo y el espíritu están faltas de claridad: lo que es más, se revelan en ellas incluso peligrosas desviaciones de las que evidentemente, los adversarios del racismo no dejan de extraer la mayor ventaja posible. Desde nuestro punto de vista, *es necesario tomar posición de forma clara contra un racismo que considere toda facultad espiritual y todo valor humano como el simple efecto de la raza en sentido biológico del término* y que opere una constante reducción de lo superior y lo inferior (más o menos según marcha propia al darwinismo y al psicoanálisis). Pero paralelamente conviene tomar posición aquí, contra aquellos que se aprovechan del punto de vista de un racismo detenido en los problemas antropológicos, genéticos y biológicos para sostener que ciertamente

existe la raza pero que ésta no tiene nada que ver con los problemas, los valores y las actividades propiamente espirituales y culturales del hombre.

Nuestra posición, afirmando que la raza existe tanto en el cuerpo como en el espíritu supera estos dos puntos de vista. La raza es una fuerza profunda que se manifiesta tanto en el ámbito corporal (raza del cuerpo) como en el anímico y espiritual (raza interior, raza del espíritu). En el amplio sentido de la palabra, la pureza de raza existe cuando esas dos manifestaciones coinciden, es decir, cuando la raza del cuerpo está en consonancia y es conforme con la raza del espíritu o raza interior y apta para servirles en tanto que órgano de expresión más adecuado.

No hay que dejar de señalar el aspecto revolucionado de tal punto de vista. La afirmación según la cual existe una raza del alma y del espíritu va a contracorriente del mito igualitario y universalista comprendido el plano cultural y ético, hace morder el polvo a la concepción racionalista que afirma la "neutralidad" de los valores y consiste finalmente en afirmar el principio y el valor de la diferencia comprendido el plano espiritual. Es toda una nueva metodología la que se deriva. Antes, frente a una filosofía dada se preguntaba si era "verdadera" o "falsa", frente a una moral dada, se le pedía que precise las nociones de "bien" o de "mal". Pues bien, desde el punto de vista de la mentalidad racista, todo esto aparece como superado: no se plantea el problema de saber lo que es el bien o el mal, se interroga para qué raza puede ser cierta una concepción dada, para qué raza puede ser válida y buena una norma dada. Se puede decir otro tanto de las formas jurídicas, de los criterios estéticos e incluso de los sistemas de conocimiento de la naturaleza. Una "veracidad", un valor o un criterio que, para una raza dada puede comprobarse válida y saludable, puede no serlo del todo para otra e incluso conducir a lo contrario una vez aceptada por ello, a la desnaturalización y a la distorsión. Tales son las consecuencias revolucionarias en el ámbito de la cultura, de las artes, del pensamiento, de la sociología, y que derivan de la teoría de las razas del alma y del espíritu más allá de la del cuerpo.

Conviene no obstante precisar; de una parte los límites del punto de vista expuesto aquí y de otra la distinción que es necesario hacer entre raza del alma y raza del espíritu. A la raza del alma concierne todo lo que esté formado de carácter, sensibilidad, inclinación natural, "estilo" de acción y de reacción, actitud frente a sus propias experiencias. Aquí entramos en el ámbito de la psicología y de la tipología, esta ciencia de los tipos que se ha desarrollado bajo la forma de racismo tipológico (o tipología racista) disciplina a la cual L. F. Claus ha dado el nombre de psicoantropología. Desde este punto de vista, la raza no es un conjunto que posee tales o cuales características psíquicas y corporales sino por el estilo que se manifiesta a través de ellas".

Se constata inmediatamente la diferencia que separa la concepción puramente psicológica de la racista, la cual pretende ir más adelante. Lo que la psicología define y estudia son ciertas disposiciones y ciertas facultades in abstracto. Algunos racistas han buscado distribuir esas disposiciones entre las diversas razas. Por su parte, el racismo de segundo grado, o psico- antropología como se le ha llamado, procede de forma diferente; sostiene que todas esas disposiciones, aunque de modo

diferente, están presentes en las diferentes razas: pero en cada una ellas tienen una significación y una función diferente. De tal modo que, por ejemplo, no sostendrá que una raza tenga como característica el heroísmo y otra inversamente el espíritu mercantil. En todas las razas humanas se encuentran hombres con disposiciones para el heroísmo o el espíritu mercantil. Pero si esas disposiciones están presentes en el hombre de una raza diferente. Podemos decir que hay diferentes modos condicionados por la raza interna de ser un héroe, un investigador, un comerciante, un asceta, etc. El sentimiento del honor, tal y como aparece por ejemplo en el hombre de raza nórdica, no es el mismo que en el hombre "occidental" o levantino. Se podría decir otro tanto de la fidelidad, etc.

Todo esto tiene pues, como fin el precisar la significación del concepto de "raza del alma". El de "raza del espíritu" se distingue porque no concierne a los diferentes tipos de reacción del hombre frente al medio y los contenidos de la experiencia normal de todos los días sino a sus diferentes actitudes con respecto al mundo espiritual, suprahumano y divino, tal como se manifiesta bajo la forma propia a los sistemas especulativos a los mitos y a los símbolos, así como a la diversidad de la experiencia religiosa misma. Existen igualmente en este ámbito denominadores comunes o, si se prefiere, similitudes de inspiración y de actitud que reconducen a una causa interna diferenciadora la cual es, precisamente, la "raza del espíritu".

No obstante, es necesario considerar aquí hasta donde puede ir la norma racista de la "diferencia y del determinismo de los valores de la raza. Ese determinismo es real y decisivo incluso en el ámbito de las manifestaciones espirituales, cuando se trata de creaciones propias a un tipo "humanista" de civilización, es decir, de civilizaciones en las que el hombre se ha cerrado el paso a toda posibilidad de un contacto efectivo con el mundo de la trascendencia, ha perdido toda verdadera comprensión de los conocimientos relativos a tal mundo y propios de una tradición verdaderamente digna de ese nombre. Cuando sin embargo, no es tal el caso, cuando se trata de civilizaciones verdaderamente tradicionales, la eficiencia de las "razas del espíritu" no sobrepasa ciertos límites: no concierne al contenido sino únicamente a las diversas formas de expresión que, en uno o en otro pueblo, en un ciclo de civilización o en otro han asumido experiencias y conocimientos idénticos y objetivos en su esencia, porque se refieren efectivamente a un plano suprahumano.

9.- IMPORTANCIA DE LA TEORIA DE LAS "RAZAS INTERIORES".

La doctrina totalitaria de la raza precisa las relaciones existentes entre la raza y el espíritu sobre la base de principios que ya hemos anunciado-. Lo exterior es función de lo interior, la forma corporal es a la vez el instrumento, la expresión y el símbolo de una forma psíquica. De la concepción del tipo racial verdaderamente puro, tal y como lo hemos esbozado se deriva: es un tipo "*de una pieza*", un tipo armonioso, coherente, unitario. Es aquel en el cual las supremas aspiraciones espirituales de una especie dada no encuentran obstáculo ni contradicción en los rasgos de carácter y el "estilo" del alma, mientras que el alma de esta raza se encuentra a su vez en un cuerpo apto para expresada y hacerla manifestar.

Es evidente que no se puede encontrar tal tipo "puro" masivamente representado en los pueblos existentes hoy que, como se ha visto, corresponden esencialmente a "componentes" étnicos. Por lo demás, no podría serlo mas que en una raza que hubiese permanecido suficientemente aislada de toda influencia heterogénea, lo que corresponde solo a un concepto ideal, es decir, a una culminación y a una realización teóricas perfectas de la raza en sentido general. Se trata, efectivamente, de esas culminaciones a propósito de las cuales hemos dicho que los valores supremas de la personalidad se identifican con los de la raza.

Esta es la razón por la que en este ámbito, las investigaciones racistas no pueden ser simplemente cuantitativas: sin ignorar, no obstante, los elementos exteriores comunes que predominan numéricamente, aquellas deben proceder a una elección, buscar qué representante de una raza dada es el más apto para encarnar el ejemplo más completo y el mas puro de un estilo particular, de modo que pueda asumir y comprender lo que expresa y anima (es decir, su raza interior) y hacer sensible el sentido de la unidad original en la cual convergen las diferentes elementos de una raza. Una vez hecho esto, se puede también considerar el caso de tipos raciales menos puros, es decir, aquellos en los que la correspondencia entre los diferentes elementos, exteriores e interiores, no es completa ni perfecta, en los cuales se constata, por así decir, una distorsión del "estilo" de esta raza. Se trata pues de una gestión cualitativa, de una búsqueda basada sobre el examen interior sobre una facultad intuitiva e introspectiva. Naturalmente, la fisiognomía o ciencia de la fisonomía, juega aquí un gran papel: decir que "*el rostro es la expresión del alma*" es enunciar un lugar común, pues el cuerpo (formas del cráneo, proporciones de los miembros, etc.) tiene para el que sabe comprenderlo un lenguaje lleno de enseñanzas. De aquí, la significación precisa de ciencias tales como la craneología, el estudio del esqueleto, etc., que a primera vista pueden parecer técnicas.

En esta óptica, el racismo favorece pues una nueva sensibilidad con respecto del cuerpo, y, de forma más general, de la forma física del ser humano. No es indiferente que un cuerpo tenga una u otra forma; no es algo fortuito y neutro. Cualquiera que sea sensible al tipo en el que todos los elementos del ser humano están realmente unificados no puede sino sentir igualmente todo el aspecto trágico y negativo de los casos en los que tal unidad ha desaparecido. Un alma que vive el mundo como algo frente a lo que hay que tomar posición, como el objeto de un combate y de una conquista, debería normalmente poseer un rostro en el que los rasgos enérgicos y ardientes reflejasen esta experiencia interior, junto con un cuerpo esbelto, grande, enérgico y recto, un cuerpo "ario" o "nórdico-ario. Imaginemos ahora el caso en que tal alma tenga inversamente por instrumento un rostro relleno y regordete, un cuerpo rechoncho y lento (una raza física en suma) que parece hecha para expresar una interioridad de un tipo muy diferente. Ciertamente la raza interior entrará en contradicción, de algún modo, con ese cuerpo heterogéneo y dará a los mismos rasgos otra expresión- encontrará pese a todo el medio de expresarse. Pero para utilizar una imagen de L. F. Claus, será como si se tratase de interpretar con una ocarina una partitura escrita para un violón.

Lo que una educación racial debe evidenciar, es el hecho de que en ese ámbito igualmente el racismo está animado de un espíritu clásico y propone un ideal

humano conforme con este espíritu. Quiere una exacta correspondencia entre lo interior y lo exterior, entre el contenido y el continente. Quiere seres de una pieza, en tanto que fuerzas coherentes y unitarias. Detesta y se opone a toda promiscuidad, a todo dualismo destructor y también consecuentemente, a esta ideología romántica que se complace en una interpretación trágica de la espiritualidad y supone que es únicamente a través de una eterna oposición, un sufrimiento, un incesante anhelo y una lucha confusa como se puede llegar a los valores extremos. La verdadera superioridad de las razas arias es, por el contrario, olímpica: esta se traduce por el sereno dominio del espíritu sobre el cuerpo y sobre el alma que para reflejar (según su estilo y las leyes que le son propias) la raza, se presentan a nosotros como adecuados medios de expresión. La teoría de la raza interior es importante, pues pone en evidencia el aspecto más deletéreo de los cruzamientos y mestizajes: estos conducen a una dislocación y a una contradicción interiores a una ruptura de la íntima unidad de un ser humano de una raza dada. Tienen por efecto que las almas de una raza se encuentren en el cuerpo de otras razas, lo que provoca la alteración tanto de la una como de la otra. Crean verdaderos inadaptados en el amplio sentido de la palabra, hasta que habiéndose agotado la fuerza interna en combates y en fricciones de todo tipo (y la que haya permanecido en un cierto límite aún "dominante" pierde así su cualidad) la raza interior se difumina para ser reemplazada por una sustancia informe y dislocada que llevan los cuerpos en los que las características raciales iniciales eventualmente subsistentes no son mas que lejanos recuerdos, formas vacías de su significación profunda. Es en este momento cuando los mitos internacionalistas y cosmopolitas, hijos de la susodicha ideología de la igualdad espiritual fundamental del género humano, comienzan a convertirse en realidad.

Es pues en la dirección opuesta donde convendrá actuar. El punto de partida es un examen interior destinado a descubrir cual es verdaderamente en nosotros el elemento fundamental, la "naturaleza propia" (o raza espiritual) a la cual es necesario ajustar nuestra vida y sede fieles ante todo. Es preciso obrar a fin de confeder a nuestro ser el máximo de cohesión y de unidad o, por lo menos, obrar de forma que en los descendientes se reúnan las condiciones más favorables sobre la base de lo ya obtenido- pues la influencia plástica formadora que una idea ejerce hasta en el plano somático y biológico (en la hipótesis en que ella tuviera una cierta relación con el elemento interior primordial de la raza), es una realidad positiva que atestiguan ejemplos históricos bien precisos, tanto a nivel colectivo como a nivel individual.

En materia de política cultural, las consecuencias de la ciencia racial son igualmente claras. Como escribe L. F. Claus: "En la medida en que un conocimiento científico ejerce una influencia sobre la historia, el objetivo que se impone en ese ámbito a la psico-antropología es el siguiente: debe indicar las fronteras que ningún pueblo, ninguna comunidad de sangre y de cultura pueda franquear o abrir sin correr el riesgo de su propia destrucción. La búsqueda de las fronteras del alma constituye consecuentemente en la hora actual una tarea histórica". Hace esto alusión esencialmente a la tarea de defender y de favorecer (no solo entre los individuos, sino también en las naciones) la misma cohesión y la misma unidad, la misma correspondencia entre el elemento exterior y el elemento interior del que ya hemos

hablado a propósito del individuo. Con esto, el tema central de las consideraciones desarrolladas hasta aquí a propósito de las relaciones entre raza y nación aparecen claramente.

Lo que es igualmente básico para una doctrina exhaustiva de la raza, es el superar los peligros de un relativismo y de un particularismo estrechos que pueden dar lugar cuando son expuestos de modo unilateral y extremistas. Es sobre todo en el ámbito de la cultura y de la "raza del alma", estado intermedio entre corporeidad y pura espiritualidad cuando aparece la necesidad imperativa de definir y de defender ciertas fronteras interiores, de las que se deriva, según la fórmula de Goethe, un "límite creador" y no paralizador (un límite no para la vía hacia lo alto, sino hacia lo bajo, hacia una promiscuidad sub-racial e incluso en el fondo subpersonal, la cual deja el campo libre a procesos de desnaturalización, de disgregación y de rompimiento interiores.

10.- FISIONOMIA DE LAS DIVERSAS RAZAS

Lo hemos dicho ya con insistencia, una de las características del racismo moderno es la búsqueda de núcleos étnicos primitivos. La antropología de ayer se limitaba a una clasificación sumada de las razas conocidas-. Blanca, negra, amarilla, roja, etc. tal y como lo hemos estudiado todos en la escuela. Pero el racismo moderno ha situado mucho más lejos el análisis y la clasificación, sobre todo en lo que concierne a la raza blanca que nos interesa más particularmente. En materia de razas físicas las investigaciones contemporáneas distinguen, así, en el interior de lo que de modo general se entiende por "raza blanca" o "caucásica", una serie de razas, en el sentido particular según el cual las razas poseen una fisonomía y una "constancia" propias, si bien se le pueden aplicar las leyes de la herencia y de los cruzamientos.

Dirigimos aquí al lector a la clasificación establecida en nuestra obra: **El mito del sangue** limitándonos aquí a recordar los puntos esenciales. Conviene distinguir en el mundo blanco seis razas principales. En primer lugar, la raza nórdica y la raza occidental, calificada igualmente de mediterránea por ciertos autores: en cada una predomina la dolicocefalia, el tipo rubio en la primera, el tipo castaño en la segunda, pero la proporción de los miembros es idéntica; en general, los tipos occidentales son de menor estatura pero poseen algo más de finura siendo de rasgos menos abruptos. Tenemos seguidamente la raza fállica calificada por Günther de "raza rubia pesada", la cual, teniendo numerosos rasgos comunes con la raza nórdica, se diferencia al ser más pesada, rechonchos y de más elevada talla. Hace gala de una cierta lentitud tanto física como intelectual, siendo más introvertido, eventualmente braquicéfala, tiene disposiciones particulares para la constancia, la cual degenera a menudo en obstinación. Sigue a ésta la raza dinámica en la cual parecen fundirse elementos de las razas nórdicas y occidental, junto con un elemento que se encuentra en ciertas razas no europeas tales como la raza armenia o levantina: esto aparece al menos en los rasgos físicos (nariz, labios, etc.) sin que tenga por tanto resonancias tal componente heterogéneo, sobre el plano espiritual: el hombre dinámico es un tipo activo, tiene disposiciones para la guerra, el orden y el "estilo" propio al hombre nórdico pero da prueba de menos concentración y de más ligereza (gusto particular

por los colores, inclinación a la alegría, etc.) Tenemos seguidamente la raza alpina, o según otra nomenclatura, "del este" (*ostiche*), que se distingue por una fisonomía más marcada: el tipo es más redondo y entrado en carnes, más frecuentemente braquicéfalo, castaño con ojos pequeños un poco redondos, de pequeña estatura de piel amarillenta. Finalmente la raza báltico oriental que predomina entre los pueblos cercanos a Rusia, es de rostro alargado, rubio, de ojos grises, los pómulos y la forma de los ojos recuerda el tipo mongol de frente baja y nariz chata. Parece que también aquí en esta raza los elementos de tronco común nórdico occidental hayan absorbido ciertos elementos de una raza no europea correspondientes a la de los primeros pobladores eslavo asiáticos.

Tales son las principales "razas del cuerpo" presentes en los pueblos europeos en proporciones y según combinaciones variadas y que se pueden calificar de constitutivas o esenciales. Pues en esos mismos pueblos, las infiltraciones de razas extranjeras no han faltado: razas levantina, "desértico", mongoloide, negroide, mediterráneo africana, a las cuales se añade el elemento hebraico que a despecho de la persistencia de tipos generales específicos, no debe, no obstante, ser considerada como una raza propiamente dicha sino como una cierta mezcla étnica que se define ante todo a partir de una "raza de alma" común.

Si se pasa ahora al "racismo de segundo grado" se trata de ver qué contenido, qué almas (o raza del alma) encuentran, en las formas físicas y las disposiciones de cada una de esas "razas del cuerpo", el instrumento que les permita expresarse de forma fiel. El que ha ido más lejos en este tipo de investigaciones es, una vez más, L.F. Claus. Remitimos de nuevo al lector al resumen de sus teorías que se hallan en nuestra obra *El mito de la sangre*, limitándonos aquí a su simple mención.

El tipo de alma más adecuada al tipo físico nórdico es la de la raza del "hombre activo", del hombre que siente el mundo como algo que se despliega ante el, en tanto que objeto de conquista o de ataque. Normalmente, al tipo "occidental" le es propio por el contrario, el estilo de un alma más exteriorizada, predispuesta al juego, al gesto y a la exhibición, un alma que se siente en el mundo como un actor que debe ejercitar su papel ante un público. La raza "alpina", se presta a un modo de expresión intimista del alma. Le gusta reflejarse sobre si misma, substraerse a la amplitud de los problemas del mundo gracias a actividades dirigidas hacia la realización de una calma y un seguro bienestar. La raza "fállica" expresa el estilo de un alma que es testaruda y tenaz en los fines que se fija, pero con torpeza, sin la chispa de una libertad interior. Claus evoca luego las dos últimas razas del alma que corresponderían respectivamente, según él, a la raza orientaloide o "desértica" y a la raza "levantina". En cuanto a la primera, se trata de la raza del "hombre de la revelación", inclinada a vivir el mundo como un perpetuo milagro, una continua manifestación del azar, amante de lo cambiante y lo imprevisible, como el nómada - en cuanto al segundo, se trata de la raza del "hombre de la redención" caracterizado por un sentimiento de esclavitud con respecto al cuerpo y a la carne, junto con un turbio deseo de liberarse y de rescatarse, sobre la base de un infranqueable dualismo entre la carne y la espiritualidad (o lo sagrado).

Sin embargo, los vínculos establecidos por Claus entre raza del cuerpo y raza del alma deben ser considerados en esas dos últimos casos como muy aproximativos, pues las mismas disposiciones internas pueden también caracterizan a otros

elementos raciales; de tal modo que la raza del hombre de la revelación, como lo muestran diversas observaciones de Claus se encuentra también en la raza báltico oriental del cuerpo, mientras que la del hombre de la redención, refleja sobre todo algunos aspectos característicos del "estilo" propio de la componente hebraica. Claus no ha aplicado su teoría concerniente a la raza interior a la última raza del cuerpo, la "dinámica": se puede no obstante suponer sin riesgo de equivocarse que el estilo que le es propio comprende ciertos elementos del alma "activa" a los cuales se añaden algo del elemento occidental-mediterráneo (gusto de un cierto "teatro" para la acción, aun cuando menos exteriorizado) así como la influencia de inestabilidad propia al "hombre de la revelación".

Aquí el lector se encuentra, no obstante, confrontado a una sede de apelativos, útiles tan solo en tanto que pasen al estado práctico, es decir, en tanto el lector se esfuerce en sentir lo que verdaderamente significan para el examen de los rasgos de los diversos tipos característicos de una u otra raza, buscando hacer el análisis espectral de las fisonomías para descubrir en los tipos más "puros" (el término indica en sentido exhaustivo el elemento interior, la "raza del alma"). Convendría para ello, tener acceso a una documentación fotográfica que se encontrará sin dificultad en las principales obras aparecidas sobre la cuestión (El autor hace referencias aquí a obras y a autores cuyas obras eran asequibles en los años treinta pero que hoy por razones obvias son prácticamente imposibles de conseguir). Citemos entre otras las nuestras obras **El mito de la sangre** y **Síntesis de doctrina de la raza**, las de Gunther, von Eiekstedt, Fischer, el mismo Clauss, etc. En un segundo tiempo, habrá que pasar de los libros, a la realidad, a la vida, es decir, habituarse a descubrir las influencias y las interferencias de una raza o de otra sobre las fisonomías particularmente marcadas, de hombres vivos en la actualidad, a fin de ejercitar el ojo no solo del antropólogo sino también del psicólogo, en ver las concordancias o discordancias entre el elemento interior y los elementos somáticos y fisiognómicos.

Seguidamente, nos aplicaremos en particular a tener un agudo sentido de las interferencias raciales (entre razas similares) que son aptas para producir resultados favorables- esto gracias al examen y al análisis, no solo del linaje físico, sino también por el estilo de acción, de comportamiento y de pensamiento propios a los diferentes tipos. De un modo general, si se admite que los cruces entre elementos nórdicos y occidentales, entre elementos fálcos y dinámicos son favorables, los realizados entre esos mismos elementos y la alpina o báltico oriental son por contra, considerados como desfavorables, así como lo son igualmente las mezclas de estas últimas razas entre ellas así como con la occidental. No es desfavorable sin embargo la unión de elementos fálcos mediterráneos y dinámicos occidentales.

Al elemento más puro y más válido que guardan todas estas razas gracias a una lejana unidad de origen, es posible hacer corresponder el nombre de "raza aria" o "nórdico aria" cuyo sentido nos reservamos en precisar en páginas posteriores.

11. EL PROBLEMA DE LAS RAZAS DEL ESPIRITU

Hemos dicho que más allá del alma y del cuerpo, la raza se manifiesta igualmente en el espíritu. Ahora bien, la búsqueda de las "razas del espíritu es una disciplina muy particular que aún hoy está en estado embrionario excepción hecha de nuestra contribución personal, pocas son las cosas que se han realizado en este ámbito, capital si se quiere llevar a cabo una acción verdaderamente completa sobre el plano racial. En Alemania forma parte de lo que se ha dado en llamar *Kampf um die Weltanschauung*, es decir, "la lucha por la visión del mundo" (se trata aquí de una visión conforme la raza. Cada concepción general del mundo puede ser considerada efectivamente como la expresión de diversas razas del espíritu).

La ciencia de las razas del espíritu remite a los orígenes y se desarrolla paralelamente a una morfología de tradiciones, símbolos y mitos primordiales. A este respecto, restringiese al mundo moderno e intentar orientarse en él, sería una empresa condenada de antemano: en el mundo y la cultura modernos, no existen más que lejanos reflejos de equivocadas supervivencia, simples derivaciones de las "razas del espíritu. En materia de raza del alma, aun es posible acceder a ciertos conocimientos a cierta experiencia directa: basta con referirse a las cualidades del carácter, a reacciones internas inmediatas, a estilos de comportamiento, a inclinaciones que no se aprenden ni se fabrican, sino que son innatos.

Consecuentemente, las cualidades que se poseen o no, unidas íntimamente a la misma sangre, como decíamos, tienen algo más profundo que la sangre y que nada puede reemplazar. La "raza del alma" surge de la vida, si bien cuando existe en estado latente puede obligar a revelarse y a conocer los rasgos y la intensidad en cada uno de los casos de excepción de las pruebas y de las crisis.

En el ámbito de las "razas del espíritu", la tarea es mucho más ardua. Lo que en nuestros días y durante muchos siglos se ha conocido por espíritu, no tiene gran cosa que ver con lo que nosotros entendemos, propiamente hablando, por "espíritu". En realidad, nos encontramos en la hora actual, confrontados a un mundo profundamente estandarizado y desarticulado en el que es difícil encontrar lo que puede ser un justo instinto en sentido superior. Sobre el plano del conocimiento, el conjunto de las ciencias modernas tiene como punto de partida el racionalismo y el experimentalismo; sus formulaciones y las evidencias en todos los seres humanos, tales conocimientos son en la opinión general, útiles "positivos" y "científicos" y pueden ser adquiridos, reconocidos, aceptados y aplicados por no importa quien: sea cual sea su raza y su vocación. Sobre el plano de la cultura, se limita en el ámbito del arte y del pensamiento a posiciones más o menos subjetivistas, a creaciones que muy frecuentemente tienen el carácter de "fuegos de artificios, son tan brillantes por su lirismo y su habilidad crítico-dialéctica como carentes de toda raíz profunda.

En un mundo y una cultura que a partir de tales premisas han perdido casi todo contacto con la realidad en sentido trascendente, es por fuerza muy difícil el proseguir una investigación que aspire a definir tanto el "estilo" de la experiencia trascendente, como la "forma" de las diversas actitudes posibles del hombre frente a ella: esto es precisamente el objeto de las investigaciones dirigidas sobre las "razas del espíritu".

Conviene pues volver a un mundo en el que la verdadera espiritualidad y la realidad metafísica eran indudablemente las fuerzas formadoras que servían de eje a la civilización bajo todas sus formas-. Desde el plano mitológico religioso al jurídico-social (lo que significa volver a un mundo de civilizaciones premodernas y "tradicionales"). Una vez obtenida, gracias a tal gestión puntos de referencia, se puede entonces pasar al mundo contemporáneo a fin de descubrir las diversas influencias que, casi a título de ecos, provienen aún de una u otra "raza del espíritu", incluso en este mundo extenuado, en esta cultura esencialmente "humanista", es decir, determinada exclusivamente por lo humano, demasiado humano.

No haremos aquí más que una rápida alusión a la tipología de las razas del espíritu: para aquellos que deseen disponer de otros elementos utilizables para la formación de una conciencia racial recomendamos dos de nuestras obras: Síntesis de la doctrina de la raza y, más especialmente, Revuelta contra el mundo moderno, así como fragmentos escogidos de los escritos de J. J. Bachofen traducidos por nosotros bajo el título La raza solar, estudio sobre la historia secreta del antiguo mundo mediterráneo.

Un antiguo autor griego ha dicho: *"Existen raza que situadas a igual distancia de las dos, oscilan entre la divinidad y la humanidad"*. Unas han acabado por girar sobre el primer elemento, otras sobre el segundo, es decir, sobre la humanidad.

La primera actitud define a la *"raza solar"* del espíritu. Llamada también *"raza olímpica"*. Para ella, es el elemento sobrehumano el que le parece natural al igual que para las otras es el elemento humano. De lo que se deduce en este primer caso, en sus relaciones con el mundo metafísico, un sentimiento de trascendencia: es más bien un elemento humano el que aparece como extraño y lejano. De donde deriva también un sentimiento de *"centralidad"* (justificando precisamente su nombre de raza solar) un estilo hecho de serenidad, de poder, de soberanía indomable y de intangibilidad que por otra parte expresa la otra apelación, la de *"raza olímpica"*.

Frente a la *"raza solar"* del espíritu, se encuentra la *"telúrica"*, o *"ctónica"*. En ella el hombre extrae su propia significación de una oscura y salvaje relación con las fuerzas de la tierra y de la vida, bajo su aspecto inferior y privado de luz: en esta raza subsisten una confusa relación con el suelo (cultos antiguos de los *"daimons"* de la vegetación y de las fuerzas elementales), sentimiento de fatalismo (sobre todo con respecto a la muerte), sentido de la caducidad del individuo que se disuelve en la sustancia colectiva del linaje y el devenir.

Aparece seguidamente la *"raza lunar"* o *"demetríaca"*: al igual que la Luna es un sol apagado, igualmente no corresponde a esta raza ningún sentimiento de centralidad espiritual, porque esta raza vive de forma pasiva la espiritualidad, como un reflejo-extraña a todo estilo de afirmación y de serena virilidad, es la forma propia de la experiencia contemplativo con base esencialmente panteísta. El término *"demetríaco"* tiene por origen los antiguos cultos de las Grandes Madres de la naturaleza que expresaron de forma característica esta raza y la espiritualidad que le era propia, situadas bajo el signo *"femenino"* en tanto que serena luz difusa, así como sentimiento de un orden eterno a la vez espiritual y natural, en el cual se borra

toda la angustia del devenir, junto con la misma individualidad. Sobre el plano social es frecuentemente la raza lunar la que da nacimiento al sistema matriarcal mientras que el derecho paterno fue siempre propio de una raza solar o de razas derivadas de esta.

La "raza titánica", posee el mismo vínculo con las fuerzas elementales con el aspecto abisal, intenso e irracional de la vida que la raza "telúrica" pero no según un estilo hecho de identificación neutra y pasiva sino por el contrario, de afirmación, de voluntad y de virilidad, adoleciendo, no obstante, de la misma ausencia de una luminosa liberación interior-. De modo que solo el héroe Herakles podrá liberar al titán Prometeo (más adelante veremos el significado de todo esto).

"Raza Amazónica", cuya curiosa denominación alude al estilo propio de una experiencia que es en su esencia "lunar" (y por analogía femenina, pero que hace suyas las formas de expresión afirmativas y viriles (del mismo modo que la amazona adopta la forma de ser propia del guerrero).

La "Raza Afrodítica" del espíritu no hay que referida únicamente al ámbito erótico-sexual, sino más bien al estilo "epicúreo" que reviste tal experiencia. Caracterizada por el refinamiento de las diversas formas de la vida material de la cultura en el sentido estético de las palabras: una espiritualidad en suma, que oscila entre el amor a la belleza y a la forma y a los placeres de los sentidos.

En cuanto al "estilo" propio a una experiencia en la que la exaltación de los instintos y la intensidad de la vida están unidos a la sensación, no plantea sino soluciones confusamente extáticas (es decir, lunares por su pasividad y su ausencia de formas), si bien no se produce ninguna verdadera liberación interior, sino tan solo algunos breves instantes de evasión; tal es el estilo que define a la "raza dionisiaca".

La última raza del espíritu es la de los "Héroes", no en sentido corriente, sino tal y como se deriva de la enseñanza expuesta por Hesiodo a propósito de las cuatro edades de la humanidad: en el héroe subsiste una naturaleza "solar" u "olímpica", pero en estado latente o como una posibilidad de realizarse a través de una superación activa de sí cuyos rasgos pueden encontrarse también en el estilo del hombre "titánico" o "dionisiaco", aun cuando sus funciones sean completamente diferentes.

Naturalmente, todo lo que precede no es sino un rápido repaso a la cuestión. Ahora bien, cualquiera que profundice en tal tipología, hasta el punto de adquirir cierta facultad de discernimiento, no podrá ver la historia, en lo sucesivo (tanto la de las civilizaciones como la de las religiones), sino bajo un aspecto radicalmente diferente. Lo que hasta aquí aparecía como unitario, le mostrará sus componentes efectivos. Recorrerá la continuidad a través de la historia de venas profundas que son otras tantas fuentes comunes a conjuntos de manifestaciones individuales y colectivas, en apariencias distintas o esparcidas en el tiempo y en el espacio. E incluso en las formas más anodinas de la cultura moderna podrá orientarse y presentir, aquí y allí, resurgimientos o adaptaciones de esas formas originales de "razas del espíritu".

En un segundo tiempo, el problema consistirá en mostrar que correspondencias debían establecerse entre la raza del espíritu, la del alma y la del cuerpo. Qué elementos, de raza "solar" y raza "heroica" están predispuestos al estilo propio del "hombre activo" y al hombre dolicocefalo nórdico-ario y ario-occidental sobre el plano físico. La raza "luna" poseería su mejor expresión en las características físicas y somáticas de la raza "alpina" y de lo que subsista de esa antigua raza "mediterránea" que de modo general puede denominarse con el término de "pelásgica". Las razas "afrodítica" y "dionisiaca" podrían armonizarse bastante bien con ciertas ramas de la raza occidental, sobre todo célticas; la raza "dionisiaca" podría incluso armonizarse con la desértico "báltico oriental" y en sus aspectos más inquietante con la "levantina". Por el contrario, un elemento "titánico" podría perfectamente expresarse en el alma en el cuerpo de un hombre de raza "fállica". El elemento telúrico reclamaría componentes raciales físicas derivadas de las ramas no arias o pre-arias tales como las que presentan por ejemplo, el tipo africano mediterráneo y parcialmente el elemento semítico (orientaloide), etc.

Es este un campo de investigación tan virgen como amplio, cuyas investigaciones suscitarán sin duda el interés que merecen en las nuevas generaciones: con lo conseguido hasta aquí se podrá dar lugar a adecuados desarrollos que permitan adquirir una conciencia racial verdaderamente completa y "totalitaria".

12. LA RAZA Y LOS ORIGENES

La importancia que reviste para nuestra doctrina el estudio de los orígenes y, consecuentemente, la ciencia de la prehistoria, aparece con toda claridad en las investigaciones relativas al racismo "en tercer grado". Pero es necesario introducir en esa disciplina criterios revolucionarios y descartar resueltamente un cierto número de prejuicios propios a la mentalidad cientificista y positivista que, favorecidas por una escuela histórica superada ya, persisten en las formas más extendidas de la enseñanza general. No mostraremos más que dos ejemplos.

Conviene ante todo superar el prejuicio evolucionista en nombre del cual, en estrecha relación con principios progresistas e historicistas, se ha interpretado el mundo de los orígenes y de la prehistoria como el mundo oscuro y salvaje de una humanidad semi-bestial que, poco a poco, dificultosamente se habría "civilizado" y sido capaz de poseer una cultura. El racismo afirma, contrariamente, que existieron ya en la época prehistórica pueblos que además de una pureza racial que luego perdieron, poseían una vasta inteligencia del mundo espiritual. Ciertamente no eran "civilizados" en el sentido moderno de la palabra (en relación con el desarrollo de los conocimientos experimentales de la técnica, del sistema jurídico-político, etc.) pero poseían cualidades de carácter y una visión espiritual del mundo, la cual procedía de contactos reales con las fuerzas suprahumanas de la naturaleza; visión no "pensada", sino vivida, concretizada por tradiciones, y expresada y desarrollada mediante símbolos, mitos y mitos.

En relación con esto, conviene igualmente atravesar las nuevas fronteras de la investigación prehistórica: las hipótesis racistas más recientes relativas a la cuestión de los orígenes del hombre nos llevan en torno al año 10.000 a. de J.C. mientras que hasta hace poco, parecía difícil evocar civilizaciones que se remontasen a dos o tres mil años antes de Cristo. En lo que concierne ahora al cuadro general del problema que se ha dado en llamar "descendencia", es necesario tomar resueltamente posición contra el darwinismo. El tronco original de la humanidad, a la cual las razas superiores (sean antiguas o contemporáneas) pertenecen, no proviene del mono, ni del hombre mono de la era glaciario (el hombre musteriense o de Neanderthal y el hombre de Grimaldi), hecho que los especialistas no racistas tienden a reconocer cada vez más. El hombre simiesco no corresponde a una rama humana en particular, más que por aquellos elementos que se han incorporado de otras razas humanas superiores bien precisas (elementos que aparecen como más recientes que él, haciendo así nacer la ilusión de que han sufrido más evolución), por la única razón de que aparece más tarde sobre los mismos territorios, procedentes de regiones en gran parte destruidas o devastadas por cataclismos y modificaciones cismáticas.

Es absolutamente vital comprender el significado de este cambio de perspectiva propio de las concepciones racistas: lo superior no deriva de lo inferior. En el misterio de nuestra sangre, en la profundidad más abisal de nuestra era, permanece inefable la herencia de tiempos primordiales: pero no se trata de una herencia de brutalidad, instintos bestiales y salvajes abandonados a sí mismos, como pretende un cierto psicoanálisis y como se puede concluir lógicamente a partir del evolucionismo y del darwinismo. Esta herencia de los orígenes, esta herencia que procede del fondo de las edades es, por el contrario, una herencia de luz. La fuerza de los atavismos, en tanto que expresión de los instintos inferiores no pertenece a esta herencia fundamental: es algo que, ya sea originándose y desarrollándose según un proceso de degradación, de involución o de caída (cuyo recuerdo permanece bajo forma de mitos diversos en las tradiciones de casi todos los pueblos) procede de una contaminación, de una hibridación debida al aporte extranjero, a los avatares del hombre de la era glaciario, es la voz de otra sangre, de otra raza, de otra naturaleza y de la cual no se puede decir que sea humana sino por puro tomar partido. Sea por la razón que sea, cuando intuimos el acierto de la fórmula platónica: "dos almas luchan en mi seno", hay que analizarla a la luz de lo que acabamos de exponer para comprender su sentido exacto. Solo puede adherirse al mito evolucionista y darwinista el hombre en el que habla la otra herencia, (introducida a través de un hibridismo) pues ha conseguido hacerse suficientemente fuerte como para imponer y sofocar toda sensación de la presencia de la primera.

Otro prejuicio combatido por el racismo es el encerrado en la bien conocida fórmula "Ex Oriente lux". En muchos persisten aún hoy las ideas según la cual las más antiguas civilizaciones habrían nacido en la cuenca mediterránea oriental o en Asia Occidental: sería de ellas y después de la religión hebrea de donde Occidente habría sacado su luz.

Occidente hasta una época más tardía, sobre todo, en las regiones septentrionales, habría permanecido en estado salvaje y bárbaro. Con el racismo hay aquí igualmente un cambio total de perspectiva. Las civilizaciones asiáticas no tienen nada de

original y menos aun de puro. El origen de la más alta civilización propia a las razas blancas y de un modo general indoeuropeas no es oriental sino occidental y nórdico-occidental. Así que como ya hemos dicho se encuentran en este ámbito unidos a una prehistoria que aun ayer se hubiese podido creer fabulosa. Frente al esplendor de la prehistoria nórdico occidental y aria, las civilizaciones asiático orientales aparecen como crepusculares e híbridas, tanto espiritual como étnicamente. Lo que ocultan, verdaderamente grande y luminoso, procede, en realidad, de la acción inicial civilizadora del núcleo perteneciente a las razas dominadoras nórdico-occidentales.

13. LAS MIGRACIONES NORDICO OCCIDENTALES

La "Luz del Norte", el "misterio hiperbóreo", tal es el motivo central de nuestra doctrina de la raza (lo que no dejará de parecer paradójico, a algunos, por no decir sospechoso y casi difamatorio con respecto a nuestras tradiciones, consideradas como mediterráneas [el autor hace aquí referencia al caso concreto de Italia y a las teorías en boga en la época sobre los orígenes]. Se imponen algunas aclaraciones.

En primer lugar, cuando hablamos del Norte no es del área germánica de la que hablamos. La cuna primordial de la raza aria debe ser identificada por el contrario con una región que corresponde con el actual Artico, en una época prehistórica muy lejana evocada anteriormente.

Ulteriormente, siempre en la época prehistórica, el centro de irradiación parece estar fijado en una región nórdico occidental. En otras obras hemos indicado las referencias que justifican una tesis semejante (la cual corresponde por otra parte a reminiscencias y a enseñanzas tradicionales concordantes en todas las civilizaciones). Incluso desde el punto de vista positivo, geográfico, es posible admitir que el Artico (o si se prefiere Hiperbórea) no se ha convertido en una región inhabitable por los hielos eternos sino poco a poco y a partir de una época dada; en cuanto a la segunda raza (la nórdico occidental), según parece, desapareció tras un cataclismo submarino.

La inquietud suscitada por la tesis nórdicoaria descansa sobre un equívoco. Sostener tal tesis no significa en modo alguno adherirse al mito pangermanista, el cual, tras haber hecho de los términos "nórdico", "germánico", "ario" y "alemán" sinónimos, pretende sostener ahora que todo lo que hay de superior en las diversas naciones y civilizaciones de nuestro continente procedería de elementos germánicos, mientras que todo lo que no se ligase a ellos sería claramente inferior y subalterno.

Es precisamente para disipar este tipo de equívocos que aparecen con respecto a la raza aria primordial, que utilizamos habitualmente el término "hiperbóreo", forjado en Grecia en una época en la que se ignoraba todo sobre los germanos. Sea como fuere, tenemos que precisar sin la menor ambigüedad que ario, nórdico ario, nórdico occidental, etc. jamás significan, en el marco de una doctrina racial seria, "alemán" o "germánico": son términos que designan una realidad mucho más amplia. Aluden a un tronco en el que los pueblos germánicos del período llamado "de las invasiones"

no son sino una de sus numerosas ramificaciones, pues las mas grandes razas creadoras de civilización, tanto en Oriente como en Occidente (la antigua Persia, la India antigua al igual que la Hélade de los orígenes o la misma Roma), pueden legítimamente asumir el título de "hiperbóreas". Entre todas esas razas, lo que puede existir es una relación de consanguinidad pero en ningún caso de derivación. No se puede hablar de derivación, sino por relación con este común tronco hiperbóreo evocado anteriormente (el cual remite no obstante a una prehistoria tan alejada que toda pretensión de querer hacer pasar a un pueblo histórico sea cual fuere por su descendiente exclusivo, es pura y simplemente un absurdo.

La expansión de razas nórdico-arias toma dos direcciones fundamentales: una horizontal (venida de Occidente a través del Mediterráneo, Baleares, Cerdeña, Creta, y Egipto), otra transversal (direcciones nor-oeste, sur-este, desde Irlanda hasta la India, con centros localizados en la región danubiana y el Cáucaso, el cual, lejos de ser como se creía, la "cuna" de la raza blanca, fue un lugar de expansión sobre el itinerario tomado por una de las corrientes nórdicoarias). En cuanto a la migración de los pueblos propiamente germánicos, con relación a los dos precedentes, se remonta a una época incomparablemente más reciente (varios milenios). Es a lo largo de este eje horizontal y parcialmente con encuentros con el eje transversal sobre el continente euro-asiático, como nacen las más grandes civilizaciones de la cuenca mediterránea (aquellas que conocemos tan bien que nada de las anteriores nos ha llegado excepto residuos degenerados). Con relación a tales civilizaciones y respecto a estos horizontes prehistóricos totalmente nuevos, hay que ver en los pueblos nórdico-germánicos del período de las invasiones a simples epígonos, gentes que, surgidos de una familia común, han sido solo los últimos en aparecer sobre la escena de la historia. Desde todos los puntos de vista, en ningún caso se trataba ya de "razas puras". No teniendo tras de sí todo el pasado de los otros grupos de la misma familia, no estuvieron expuestos al peligro de los mestizajes y, física y biológicamente, estaban más "en orden". Su vida en regiones en las que las condiciones cismáticas como las del medio eran muy duras no hizo sino reforzar el proceso de selección-. De este modo se confirmaron y se reforzaron disposiciones de carácter como la tenacidad, el ingenio y la osadía, mientras que la ausencia de todo contacto con formas exteriores y urbanas de civilización mantuvieron vivas en esos pueblos germánicos relaciones de hombre a hombre, cimentadas por las virtudes guerreras y el sentimiento de honor y fidelidad.

Las cosas fueron de otro modo en lo que conviene al ámbito propiamente espiritual de estos descendientes de la raza nórdico aria primordial, el cual sufrió una involución cierta. Las tradiciones vieron su contenido metafísico y "solar" primordial oscurecerse: se hicieron fragmentadas, periclitaron en folklore, en sagas y supersticiones populares. Por otra parte, más que el recuerdo de los orígenes, vino a predominar en esas tradiciones mitologizadas, las trágicas vicisitudes atravesadas por uno de los centros de la civilización hiperbóreo: la de los Ases o héroes divinos del "*Mitgard*" de donde viene el bien conocido tema del "*ragna-rókk*" comúnmente traducido por "crepúsculo de los dioses". De forma que para orientarse entre las tradiciones nórdico-germánicas de los pueblos del período llamado de las invasiones y para comprender la verdadera significación de los principales símbolos y de las reminiscencias que contiene, conviene extraer puntos de referencia del estudio

profundo de las tradiciones arias más antiguas, en las cuales se conserva bajo una forma más pura y más completa, esas mismas enseñanzas; tradiciones que, repetimos una vez más, no son jerárquicas, sino que revelan civilizaciones arias más antiguas como las de India y Persia, de la Hélade de los orígenes y de la misma Roma. Y algunos racistas alemanes, entre los Gunther, son los primeros en reconocernos sin discusión.

El marco general del problema de los orígenes tal como venimos exponiendo no debe, pues, en ningún caso, suscitar un sentimiento de inferioridad o de subordinación de nuestra parte en tanto que italianos con relación a los pueblos germánicos más recientes. Más bien al contrario: al igual que los mejores elementos del pueblo italiano corresponden, desde el punto de vista de la "raza del cuerpo" a un tipo que debe ser considerado como una derivación del de la raza nórdica, igualmente se puede reencontrar en el patrimonio de nuestras tradiciones más elevadas (los cuales se remontan lo más a menudo a las tierras primordiales) los mismos elementos propios a la raza del alma (en términos de estilo de vida, ética, etc.) y a la visión del mundo común a todas las grandes civilizaciones arias y nórdico arias. Con la tesis nórdico-aria que defiende nuestro racismo, lo que contestamos es el derecho de cualquier pueblo sea cual sea a emparentarse y monopolizar la nobleza de un origen que es común. Lo que significa que nosotros en la medida en que somos y queremos ser herederos de la romanidad antigua y aria, tanto como de la civilización romano-germánica que le sucede, nos reconocemos de hecho y de espíritu, de vocación y de tradición, como nórdico- arios.

Tal posición comporta un tránsito del racismo teórico, al racismo activo y creador, consistente en extraer y afirmar, de forma sustancial y precisa, del tipo general italiano diferenciado de hoy en día, el tipo a la vez físico y espiritual de la raza de los orígenes (la cual está tan presente hoy en el pueblo italiano como puede estado en el pueblo alemán, si bien sofocadas en ambos casos bajo el peso de los deshechos étnicos, de otras componentes raciales y como efecto de procesos anteriores de degeneración biológica y cultural.

La importancia de situar convenientemente el problema de los orígenes para la formación de la voluntad y de la conciencia de si de un nuevo tipo de italiano salta a la vista. Se deriva efectivamente una idea fuerza, un sentimiento de dignidad y de superioridad que nada tiene que ver con la arrogancia y que se funda no sobre mitos confusos de uso simplemente político, sino sobre conocimientos tradicionales bien precisos.

14. EL PROBLEMA DE LA LATINIDAD

No obstante se podría objetar: "Todo esto es bueno, pero ¿como encuadrar el concepto de latinidad en este orden de ideas? ¿El origen de nuestro pueblo y la inspiración de nuestra civilización no son como se admite universalmente latinas?". El mito latino conserva aun vigor en numerosos medios, sobre todo entre los profesionales de las letras y los intelectuales y no es ajeno a la inspiración de buena

parte de las enseñanzas tal y como aun se da en las escuelas. Al reivindicar tal mito se insiste sobre todo en la antítesis que existiría entre nuestros pueblos y el resto y en consecuencia, la imposibilidad de una entente que no fuese dictada simplemente por comunes intereses políticos.

Ahora bien, aquí estamos aun enfrentados a un grosero equívoco nacido de la utilización pasiva de frases hechas y de fórmulas sobre las que no se ha profundizado. Pues a fin de cuentas ¿qué se entiende exactamente por Latino? ¿Y a qué ámbito se refiere cuando se emplea tal expresión?

No es por azar si hemos subrayado que el mito latino es el niño querido de hombres de letras e intelectuales. En realidad, tal y como es utilizado cordentemente el término de "latino" (al mismo nivel que el de la civilización latina) no tiene sentido sino a condición de referirse a un plano estético, humanista y literario -es decir, al mundo de las artes y de la cultura en el sentido más extenso del término. Aquí la "legitimidad" es más o menos sinónimo del elemento "romano", en otras palabras, se trata de reflejo que algunos pueblos pertenecientes antiguamente al Imperio Romano, conservaron sobre el plano cultural de la acción formadora de la Roma antigua, hasta el punto de adoptar su lengua, la lengua latina.

Si se quisiera, no obstante, examinar un poco más detenidamente las cosas, percibiríamos rápidamente que esta latinidad, simple eco de las antiguas civilización greco-romana, es algo superficial. Casi diríamos que se trata de un barniz que se esfuerza vanamente en recubrir las diferencias tanto étnicas como espirituales que, como la historia nos ha mostrado, pueden incluso ser antagónicas. Como decíamos, esta unidad no subsiste sino en el mundo de las letras y las artes, al menos en virtud de una concepción típicamente "humanista" referida a un mundo por el cual la Roma antigua, heroica y olímpica, no disimulada su desprecio.

La filología es otro ámbito en donde subsiste esta unidad aun cuando esta sea cuestionada desde el momento en que se ha establecido de forma indiscutible la pertenencia de la lengua latina al tronco general de las leyendas arias e indogermánicas; es, por otra parte, un hecho establecido que a nivel, sino de vocablos, si al menos de articulación y de sintaxis (sobre todo las declinaciones) la antigua lengua latina está mas cercana al alemán que las lenguas latinas romances. De forma que para hablar sin inútiles florituras, esta "latinidad" tan jactancioso demuestra no corresponder a ninguna de las formas realmente creadoras y originales propias a los pueblos llamados a revelarse. No se trataría sino de una fachada. Pero esto no es todo: convendría también revisar de una vez por todas desde un punto de vista racista, la significación de ese mundo clásico "greco-romano" del que deriva la llamada latinidad y por el cual muestran los "humanistas" un culto casi supersticioso.

No es este lugar para tratar este problema: diremos simplemente que ese "clasicismo" es un mito del mismo nivel que el de la "filosofía de las luces" la cual nos quiere hacer creer que es con las "conquistas" del Renacimiento y sus consecuencias, el enciclopedismo y la Revolución Francesa como habría nacido, tras las tinieblas de la Edad Media, la "verdadera" civilización. En el mito "clásico" también se nota la misma mentalidad estetizante y racionalista. Ya se trate de Grecia

o de Roma lo que la mayoría de la gente consideran como "clásico" es de hecho una civilización que, en más de un aspecto (a pesar de su aparente esplendor hecha para seducir a una raza "afrodítica") se nos aparece como decadente: se trata de la civilización que nace cuando el ciclo precedente (la civilización heroica, sacra, viril y propiamente aria de la Hélade y de la Roma de los orígenes) había emprendido ya su curva descendente.

Lo que contrariamente conviene señalar es que si se refiere a este mundo de los orígenes construido por razas "solares" y "heroicas", el término "latino" revierte una significación diferente (significación que invierte claramente el mito al cual hacíamos alusión al principio). Nos limitaremos aquí a evocar algunos resultados de las investigaciones en curso en la actualidad a propósito de las tradiciones de la Italia prehistórica y prerromana. Originalmente, la palabra "*latinos*" designaba a una etnia cuyo parentesco racial y espiritual con el grupo de los pueblos nórdico-ario no ha sido rebatido por ningún autor serio. Los latinos constituían una rama de esta raza que alcanza la Italia central, practicaban el rito de la cremación de los muertos opuesto al de la civilización osco-sabelia caracterizada por el rito funerario de la inhumación (ahora bien, la relación entre las civilizaciones "inhumadoras" y las civilizaciones mediterráneas y asiático-mediterráneas (pre y no indoeuropeas) es incontestable. Estos latinos ocuparon algunas regiones de Italia mucho antes de la aparición de los Etruscos y de los primeros celtas.

Entre las huellas dejadas, casi como una estela por las razas de las de las que derivaron los latinos se puede citar los descubrimientos recientes del Valle de Camonica. Esas huellas corresponden de modo significativo a las huellas prehistóricas de las razas arias primordiales tanto nórdico-atlánticas (civilización franco-cantábrica de Cromagnon) como nórdico-escandinavas (civilización de Fossum). Encontramos en ellas los mismos símbolos de una espiritualidad "solar", el mismo estilo, la misma ausencia de huellas de una religiosidad demetríaca que están presentes por el contrario en las civilizaciones mediterráneas no arias o en la decadencia aria (pelasgos, cretenses, etc. y en Italia: etruscos, civilización de la Meieila, etc.).

Pero eso no es todo, se constatan igualmente afinidades entre esas huellas dejadas en Camonica y la civilización doria propia a las razas que venidas del Norte se establecieron en Grecia y crearon Esparta, caracterizadas por el culto de Apolo concebido como dios solar hiperbóreo. En realidad, tal como establecen los trabajos de Alheim y Trautmann, esa **migración de pueblos de los que derivan los latinos y cuya conclusión en Italia debería ser la fundación de Roma, esta migración recuerda en todo a la migración doria que, en Grecia da nacimiento a Esparta. Roma y Esparta son pues manifestaciones correspondientes a razas del cuerpo y del espíritu semejantes, emparentadas en todo a las específicamente nórdico-arias.**

Pero cuando se crean la primera romanidad y Esparta, se trata de un mundo de fuerzas en estado puro, de una etnia sin debilidad, de un dominio de sí incontestablemente vida y dominador, mundo que difícilmente se encontrará en la

llamada "civilización clásica" que le sucederá y de la que se querrá hacer derivar la "latinidad" y la "unidad de la gran familia latina".

Si por el contrario se emplea el término "latino" para referirse a los orígenes, se constata una transformación completa de la tesis de la "latinidad". Originalmente, esta última (que corresponde a lo que la grandeza romana oculta de verdaderamente ario) se refiere a las formas de vida y de civilización no opuestas, sino por el contrario semejantes a las que las razas nórdico germánicas deberían más tarde manifestar frente a un mundo en decadencia que más que latino, era "romano" y más o menos bizantinizado.

15. LA RAZA, LA ROMANIDAD Y LA HISTORIA ITALIANA

Como hemos dicho, para pasar de la teoría a la práctica en materia de racismo, una de las primeras condiciones consiste en tener claro el sentido del ideal humano correspondiente a la raza más eminente entre las que comparten una nación dada. Ya que la totalidad de los pueblos se presentan como mezclas raciales, es necesario tomar posición con respecto a sus diversos componentes: toma de posición que debe ser tanto interior e individual como política y colectiva. Desde este punto de vista, la raza aparece esencialmente como el objeto de una elección, de una opción, de una decisión.

Hemos citado las palabras de Mussolini, el cual ha indicado como núcleo central del imperecedero "corazón" de la raza italiana al elemento romano. Se puede decir sin ambages pues que la italianidad fascista se identifica con la romanidad. Resta tan solo profundizar sobre la base de una conciencia racial aria bien precisa el sentido de una fórmula semejante.

Desgraciadamente, la romanidad se reduce muy a menudo entre nosotros a una simple retórica, a una expresión de contenido excesivamente fluctuante. La grave es que nunca se ha utilizado tanto como hoy al mismo tiempo que hay que constatar la ausencia de todo estudio serio destinado a dar a "lo romano" un significado realmente vivo que dejaría lejos detrás suyo a los polvorientos trabajos arqueológicos, Biológicos y áridamente historicistas propios de los universitarios especializados. Curiosamente, no es a italianos sino a extranjeros, a quienes se deben las contribuciones más válidas en materia de estudios verdaderamente vivos sobre la romanidad-. a un Bachofen (suizo) a un W. Otto, un F. Altheim y a un Gunther (alemanes) a un Kesenfi (húngaro) a un Etrein (noruego) a los que se puede añadir un Macchioro que aunque ciudadano italiano no es sin embargo de origen "ario"....

Nos limitaremos aquí a decir que no es solo con respecto a las tradiciones italianas sino también a las tradiciones romanas a las que conviene hacer una elección. La romanidad nos presenta múltiples rostros. Existe una romanidad propiamente aria caracterizada por los símbolos del hacha, del águila, del lobo, etc. los cuales pertenecen finalmente a la herencia hiperbórea y existe una romanidad compuesta que se resiente de influencias heterogéneas, ya de estratos itálicos pre-arios ya de

civilizaciones arias degeneradas. En el marco de una educación racial, es de una importancia capital establecer tales divergencias, manifestadas en hábitos, cultos, ritos, e incluso por las instituciones mismas de la Roma antigua. Igualmente, es muy importante comprender el sentido de las luchas a través de las cuales el elemento ario romano consigue prevalecer en el curso de un cierto ciclo, emancipándose de las influencias extranjeras (principalmente etruscas) o convirtiéndolas a su ideal superior de civilización. Nos encontramos una vez más frente a una historia secreta que en gran medida está sin escribir. Cualquiera que desee disponer de elementos en este ámbito podría recurrir a la consulta de nuestro **"Revuelta contra el mundo moderno"** donde encontraría los temas de la *"romanidad nórdica"*, de la obra de Bachofen **"Die Sage von Tanaquil"** y de otros autores igualmente citados.

En la época imperial, la romanidad aria se tambalea: y si de las provincias asiáticas le llegan elementos de una antigua espiritualidad solar (tales como el mitraísmo o la concepción "divina" de la realeza) que le dieron vigor llegaron igualmente fermentos de descomposición étnico y espiritual particularmente virulentos, habida cuenta de la decadencia ética, demográfica y racial de la antigua cepa ario-romana. Para la Italia Fascista que ejerce desde hace poco su propia misión imperial, las consideraciones raciales concernientes al destino del antiguo imperio romano, al igual que las del símbolo imperial de la Edad Media son particularmente instructivas.

Es una élite (de la que el estilo viril y ario, así como el exclusivismo original son conocidos de todos) la que hizo la grandeza de Roma. Ahora bien, había parecido lógico que a medida que Roma federaba bajo su imperio y en un "espacio" a un conjunto cada vez más complejo y diverso de pueblos, esto desembocase paralelamente en una consolidación, una defensa y un acrecentamiento del núcleo dominador original ario-romano. Sin embargo se produce justamente lo contrario: cuando más se extiende el antiguo imperio más se debilita la "raza de Roma" se abre de modo irresponsable a todo tipo de influencias así como a las clases subalternas: eleva a la dignidad de ciudadanos romanos a elementos étnicamente discutibles, acoge cultos y hábitos cuyo total contraste con la mentalidad original romana los hacía, como señala Tito Livio, completamente incompatibles.

Por su parte, los Césares muy a menudo crean el vacío en torno suyo en lugar de apoyarse sobre la élite, rodearse de gentes fieles a la antigua romanidad y capaces aun de "mantenerse firmes" tanto sobre el plano racial como sobre el ético, hicieron por el contrario del absolutismo su símbolo, cegados por el poder mágico de su función divinizada, pero convertida en abstracta, aislada y desarraigada. Es absurdo pensar que caído tan bajo, el Imperio habría podido continuar imponiendo aun durante mucho tiempo su autoridad a las diversas razas que, políticamente, gravitaban en su órbita. Puras contingencias junto con los primeros choques serios en las fronteras debían provocar el hundimiento de este enorme organismo privado en lo sucesivo de espina dorsal.

En lo que concierne a la Edad Media, sabemos que la Iglesia se esfuerza en resucitar el símbolo supranacional de Roma, añadiendo los ideales del catolicismo a una nueva concepción de la idea del Imperio la del *Sacrum Imperium*. Desgraciadamente

el pueblo italiano, por así decir, fue extraño a la elaboración de ese nuevo símbolo: en modo alguno se fija por tarea extraer de la sustancia misma de nuestra raza una élite que racial y espiritualmente hubiese estado a la altura de un tal símbolo. Fue, por el contrario la componente mediterránea (anarquizante, individualista, particularista y fuente de contestaciones y antagonismos sin fin) la que prevaleció, por no hablar de una caída del nivel general sobre el plano ético. De aquí la célebre frase de Barbarroja y que señalase despreciativamente a esas gentes que se jactaban de ser romanas solo de nombre. La consecuencia de todo esto fue que la función imperial medieval fue esencialmente asumida a pesar de calificarse de sagrada, por representantes de otras razas: sobre todo germánicas, donde se habían conservado mejor un cierto número de cualidades de raza. De forma que en tanto que tal, Italia juega solo un papel menor en la construcción de la civilización imperial romano-germánica medieval.

Tenemos pues aquí dos ejemplos elocuentes de los peligros a los que toda formación o idea de tipo imperial se encuentra expuesta cuando no le corresponden sólidas bases raciales. En lo que concierne a la "selección de tradiciones" que impone una conciencia racial aria en el ámbito de la historia italiana moderna, es preciso acostumbrarse a cambios radicales de perspectiva. Nosotros nos limitaremos a señalar que está fuera de lugar considerar como verdaderamente nuestra -contrariamente a las sugerencias de una cierta "historia de la patria" de inspiración masónica- a la Italia de las comunas reveladas contra la autoridad imperial: pues aquí no actúa una simple lucha contra el extranjero sino una lucha entre los mantenedores de dos tipos de civilización opuestas- es con el emperador (y contra las comunas, por el cual se batieron igualmente príncipes como los Savoya y los Montferrat) con quien se encuentra la civilización aristocrática feudal, conservando aun en amplia medida el estilo de vida ario y nórdico-ario. La Italia que es nueva Italia, es la gibelina, la de Dante y no la del gueifismo y las Comunas.

Igualmente aun a riesgo de pasar por iconoclasta, conviene no atribuir una excesiva gloria a la contribución italiana a la civilización humanista y, de modo general, a lo que se ha dado en llamar Renacimiento. A pesar de su aparente esplendor, esta civilización humanista y "afrodítica" de las letras y de las artes significa sobre todo un descenso de nivel y un abandono de una tradición más profunda y válida. Sin contar la parte individualista que se encuentra en el estilo propio de los señores y en las continuas luchas entre las ciudades y sus *condottieri*, es precisamente en el seno de esta civilización donde se desarrollan los gérmenes que debían desembocar en la filosofía de las luces y otros fenómenos característicos de la decadencia moderna. De otra parte, la pretendida continuación de la antigüedad clásica por el Humanismo descansa sobre un equívoco fundamental-. No son sino los aspectos más exteriores del mundo antiguo los que fueron recuperados (no los más antiguos, propiamente arios, es decir, heroicos, sagrados, tradicionales).

Idéntico proceso conduce a una necesaria revisión de los valores "italianos" concernientes al *Risorgimento* e incluso a la Primera Guerra Mundial. Es incuestionable y reconocido por todos que, excepción hecha de la pureza de intención de numerosos patriotas, las corrientes que jugaron un papel preponderante en el *Risorgimento* pertenecen, ya a la franc-masonería, ya al jacobinismo francés y

de un modo general a ideologías que como el liberalismo la democracia son fundamentalmente antirracistas anti-arias. Otro tanto se puede decir en lo que concierne a nuestra intervención de 1915: escogimos nuestro campo por reivindicaciones nacionales ciertamente, pero bajo de esto se hallaba también la ideología democrático / masónica de los aliados, los cuáles pusieron todo de su parte para acabar definitivamente con los estados que conservan una estructura jerárquica y aristocrática junto con un sentimiento racial y tradicional. Sin embargo, la intervención tuvo también para nosotros el sentido de una prueba heroica: permitió la restauración de esas mismas fuerzas que acto seguido debían conducir a la Italia fascista y romana gracias a un cambio radical.

Lo que tratamos aquí son simples aproximaciones que sería necesario desarrollar de forma adecuada y generalizadora. Esta nueva forma de considerar la historia italiana debe ser la exacta expresión de nuestra conciencia racial y de nuestra arianidad.

16. EL ARQUETIPO DE NUESTRA "RAZA IDEAL"

¿Cuáles son las características de nuestro arquetipo? Exteriormente es de elevada estatura y con anchas espaldas en los hombres- sus miembros están bien proporcionados, es delgado, enérgico, dolicocefalo (aun cuando menos que el tipo propiamente nórdico). Sus cabellos son morenos; a diferencia de algunos tipos menos puros mediterráneos, sus cabellos no son rizados sino ondulados; los labios son finos y las cejas no son gruesas. La nariz es fina y alargada, recta o ligeramente aguileña. El maxilar inferior es bastante desarrollado aunque menos pronunciado que en el tipo nórdico, expresa un tipo activo y pronto para el ataque.

Los ojos pueden ser castaños, azules o grises. Mientras que en los tipos mediterráneo-italicos de extracción menos noble, la mirada es a menudo inquieta, apagada o melancólica, en él la mirada tiene movimientos precisos y decididos (aquel que "mira a la cara", recto frente a él: una mirada penetrante que no pestañea sin comparación con aquella otra oblicua o llena de malicia de los mediterráneos mezclados con elementos levantaos). La costumbre de gesticular (que muchos creen una característica italiana) le es extraña: ciertamente sus gestos son expresivos pero no tiene nada de impulsivo o de desordenado; son gestos que, lejos de indicar el predominio de la parte instintiva de sí mismo son la prolongación de un pensamiento consciente. Sus capacidades de reacción son mayores que en el tipo nórdico del mismo origen, así como su dinamismo (el cual no obstante permanece siempre lúcido y controlado, a cien leguas de la febrilidad o de la vulgar exuberancia).

Tales son, según algunos autores racistas, las virtudes cardinales del antiguo tipo romano de raza nórdico-aria: la audacia consciente, el dominio de sí mismo, el gesto conciso y ordenado, la resolución tranquila y meditada, el sentido del mando audaz. Cultiva una *virtus* que no significa "virtud" en el sentido moralizante y estereotipado de la palabra, sino como virilidad intrépida y fuerza; la *fortitudo* y la constancia, es decir, la fuerza del alma- la *sapiencia*, es decir, la sabia reflexión; la *humanitas* y la disciplina en tanto que severa formación de sí mismo sabiendo valorar la riqueza

interior de cada uno; la *gravitas o dignitas*, dignidad y serenidad interior que en la aristocracia se subliman en *solemnitas*, en más solemnidad mesurada. La feies, la fidelidad, virtud aria, era igualmente la virtud romana por excelencia. Tan romana como así mismo eran: el gusto por la acción precisa y sin ostentación; el realismo que como ha sido justamente señalado no tiene nada que ver con el materialismo- el ideal de la claridad, el cual, incluso reducido, se debilita en racionalismo, es un eco de la mentalidad llama "*latina*"- eco más fiel en este ámbito a la esencia original que el alma romántica de ciertos tipos humanos físicamente más "nórdicos". En el hombre antiguo ario romano, la *pietas* y la religio no tenían gran cosa que ver con la mayoría de formas posteriores de religiosidad: era un sentido de respeto y de unión con las fuerzas divinas y de una manera general, suprasensibles y de las cuales tenían intuición de que formaban parte de su vida individual o colectiva. El tipo ario romano ha desconfiado siempre de todo abandono del alma y del misticismo confuso, de igual modo ignoraba toda servidumbre respecto de al divinidad. Sentía que no era solo en tanto que individuo desgarrado y manchado por el sentido del pecado y la carne como podía rendir a la divinidad un culto digno de ella, sino en tanto que hombre íntegro (el alma en paz, capaz de presentir las direcciones en las cuales una acción consciente y determinante podía ser la prolongación de la misma voluntad divina).

En cuanto al mundo y la sociedad (*res publica*), el hombre ario y ario romano de los orígenes los concebía como *census*, es decir, como un conjunto de naturalezas distintas unidas entre ellas, no por la promiscuidad sino por una ley superior, como ocurría igualmente con el ideal de la jerarquía, en el cual el sentido de la personalidad y de la libertad se concilia con el de una unidad superior. Ni liberalismo, ni consecuentemente, socialismo o colectivismo: a cada cual lo suyo, *sumum unique*. La mujer situada ni muy abajo (como en ciertas sociedades asiáticas), ni muy arriba (como en otras sociedades en las cuales prevalecen las razas lunares y demetríacas). Existe no obstante cierta distancia, tanto de la mujer, como de las preocupaciones por los asuntos sexuales y una clara afirmación del derecho paterno, de la autoridad viril del jefe de familia o de la gens sentimiento en fin casi "*feudal*" de responsabilidad y de fidelidad de este último con respeto al Estado.

Tales son pues los elementos propios del estilo romano y ario romano del alma y del espíritu: se trata no obstante de ver, poco a poco, cuales son sus correspondencias orgánicas con la forma física de tipo ario-italiano superior evocado anteriormente, a fin de incorporar esos elementos en el ideal vivido de nuestra "raza ideal".

Contra más convierta en realidad tangible tal tipo, más se difundirá un ambiente espiritual colectivo particular. En la medida en que precisamente los tipos raciales sean híbridos y consecuentemente actúen diversas componentes raciales en el interior de los individuos, el papel jugado por el medio gana importancia (no en el sentido de crear artificialmente y del exterior a lo que no existe sino favoreciendo la manifestación y la preeminencia de una de esas componentes e incluso de varias. Imaginemos una civilización en la que predominan concepciones de tipo levantino y antirracistas: fatalmente llegara la hora en que incluso entre los pueblos en que la sangre aria y nórdica es mayoritaria (excepción hecha de los casos de reacción debidas a un brusco despertar) aparecerá en la superficie y prevalecerá lo que (en

cada uno y en cada pueblo de modo más general) corresponde a la antiraza y a las escorias dejadas por una sangre inferior y contaminada. Igualmente, allí donde el afroditismo, el dionisismo u otro tipo de *"raza del espíritu"* dieron el tono a toda una civilización, en virtud de la ley que dice que *"lo semejante llama a lo semejante"* se constatará una neta evolución sobre el plano racial: la herencia correspondiente se volverá "dominante" mientras que inversamente se volverá "recesiva" y reducida a la impotencia la herencia también presente de los elementos de raza aria (razas solar y heroica, por ejemplo).

Es preciso, pues, ser perfectamente consciente de que en un medio saturado de fuerzas espirituales y de vocaciones heroicas es donde se encuentra el clima que exige nuestra "raza ideal" para elevarse a jugar un papel decisivo en el futuro de nuestra nación.

17. CAMPO HISTORICO DEL RACISMO FASCISTA

De cara a suministrar a las ideas expuestas hasta aquí un marco verdaderamente completo, conviene, para finalizar, decir algunas palabras sobre el "campo histórico" del racismo.

El valor de toda idea verdaderamente creadora y renovadora no depende de circunstancias contingentes sino que procede del hecho de que se injerte sobre un conjunto de exigencias históricas confusas, organizándolo de modo positivo en una dirección precisa. Poseer consecuentemente el sentido del "campo histórico" de una idea es una condición imprescindible para que pueda manifestar plenamente sus efectos.

En lo que concierne al racismo conviene recordar brevemente las grandes líneas de una interpretación general de la historia basada sobre la cuatripartición social propia a todas las antiguas civilizaciones de tipo tradicional desde las de origen ario-oriental hasta el Imperio Romano Germánico medieval.

Según esta cuatripartición se encuentran en la cima de la jerarquía los jefes espirituales; seguidamente viene la aristocracia guerrera a la que está subordinada la burguesía, después viene la casta servil.

Es sobre todo a René Guenon a quien se debe el haber evidenciado que el sentido de lo que se llama "progreso" no ha sido otra cosa sino la decadencia sucesiva del poder y del tipo de civilización que le estaba unido; decadencia que se ha extendido de una a otra de las cuatro castas a través de las cuales la jerarquía evocada más arriba se definía. La época en que los jefes espirituales (bajo una u otra forma, por ejemplo, como reyes sagrados) detentaban la autoridad suprema, se remonta casi a la prehistoria. El poder desciende después un grado, es decir que pasa a manos de las aristocracias guerreras: esto desemboca en un ciclo de civilización en la que los reyes son esencialmente jefes guerreros. Este es el cuadro que presentaba aun ayer la Europa con las diversas dinastías tradicionales.

Las revoluciones (liberales y democráticas) producen una nueva caída: el poder efectivo pasa a manos de la burguesía bajo las diversas formas de oligarquías plutocráticas con sus "reyes" del orden, del petróleo, del oro, del acero, etc. Finalmente, la revolución socialista y el movimiento comunista parecen ser el prelude [recordemos que este texto fue escrito en 1938] de la fase final, de la caída, pues la dictadura del proletariado habría significado el paso del poder al equivalente moderno de la última de las antiguas castas arias: la de los sudras, las masas informes y materializadas de los siervos. En varias de nuestras obras hemos desarrollado este tipo de concepción.

Conviene revelar que la jerarquía evocada antes, lejos de haber sido el fruto de circunstancias constituyentes, procede por el contrario de razones de orden "analógico" bien precisas. Esto refleja la misma diferenciación y la misma jerarquización existente entre los elementos de un organismo humano normal, por analogía, el estado aparece como un "hombre en grande". A este respecto, los jefes espirituales correspondían a las funciones pertenecientes en el organismo humano al espíritu, al núcleo sobrenatural de la personalidad; la burguesía a los procesos propios a la economía orgánica; los siervos a todo lo que en el ser humano designa el determinismo inherente a la pura corporeidad.

De esta analogía se deriva una importante consecuencia: todo ser humano tiene un rostro, una cualidad y una personalidad propias que están en función de dos principios superiores: el espíritu y la voluntad. Cuando estas últimas no prevalecen se cae en lo indiferenciado y subpersonal. Ahora bien, la exactitud de la analogía evocada más arriba se encuentra confirmada por el hecho de que las épocas abiertas con el advenimiento de las dos últimas castas presentan exactamente las características propias a las fuerzas que, en el ser humano corresponden por analogía: cuando el poder no es detentado ni por los jefes espirituales ni por una élite aristocrática sino usurpado por el tercer estado, por las oligarquía plutocráticas y por el mundo de masas materializadas, acaba por oscurecer todo lo que es sentimiento natural de pertenecer a una nación, a una sangre, a una raza, a una casta: lo que desaparece consecuentemente es pues todo aquello a lo que las diversas sociedades humanas debían sus diferencias cualitativas, su personalidad, su dignidad. Inversamente, lo que las reemplaza es el cosmopolitismo, el internacionalismo, la nivelación colectivista, la estandarización; todo esto situándose en virtud de una necesidad lógica; bajo el signo de una mezcla de racionalismo y materialismo. De forma que en esos tipos crepusculares de civilización se ha podido concebir seriamente que la economía sea la suprema ley histórica (Karl Marx) y que esas últimas hayan creado en el lugar de las antiguas leyes "superadas" una supersticiosa religión de la ciencia y la técnica y junto con el mito colectivista hayan favorecido el advenimiento de una civilización y una cultura mecanicista primitivista, obscuramente irracionalista y sin alma.

Aun tratándose de un simple acercamiento al tema, el marco histórico que acabamos de dibujar es suficiente para hacer comprender de modo definitivo, en materia de educación racial, la legitimidad de las reivindicaciones de la sangre y la raza. El fascismo y los otros movimientos políticos de inspiración análoga se han afirmado como una rebelión y una voluntad de reconstrucción más allá del crepúsculo de la civilización occidental. Están pues destinadas a dar un relieve creciente a los valores

y a los principios referidos a los dos primeras funciones de la anteriormente citada cuatripartición. Es pues una necesidad lógica que además de unirse al rechazo fascista del internacionalismo y del cosmopolitismo, reaparezcan en el primer plano las ideas absolutamente irreductibles a todo lo que sea mecanicista, determinista y sin duda ya se trata en el plano puramente material de la economía como en el plano del mito racionalista-. Y esos valores no pueden ser otros que los de la sangre y la raza; grupos humanos bien diferenciados por las fuerzas profundas de los orígenes, fuerzas que prevalecen y se afirman sobre todo lo que no es puro determinismo económico, materialismo masificador, cultura burguesa y disgregación individualista. Pues es precisamente de tales fuerzas de donde proceden esas "cualidades de raza" que como hemos visto implican, siempre algo de aristocrático y paralelamente trascienden el restringido horizonte del individuo, cualidades que no se fabrican, que no son intercambiables sino que están unidas a una dignidad bien precisa y a una tradición.

Todo esto basta ampliamente para un primer acercamiento al "campo histórico" de la doctrina de la raza y de la significación que debe revestir para el fascismo implícitamente podemos deducir que este es el eje sobre el que convendría que desarrollásemos interiormente esta doctrina.

Allá donde el fascismo ha tomado posición claramente (sea contra el mundo de las masas colectivizadas y mecanizadas, sea contra el racionalismo surgido de la filosofía de las luces, la civilización burguesa en general y la plutocracia en particular) las formas correspondientes a las dos últimas fases de la decadencia europea (la de las castas inferiores de la antigua jerarquía aria: la de los siervos y la de los comerciantes, *sudras* y *vaishas*, tercer y cuarto estado) esas formas han sido en principio superadas. Pero es preciso ir más lejos, es decir, obrar de forma que en esta civilización en gestación sean de nuevo determinantes los valores así como los modos de ser y de sentir propios a las dos primeras castas, la aristocracia guerrera y la soberanía espiritual.

En conformidad con esto conviene pues desarrollar en dos direcciones la doctrina fascista y consecuentemente concebirla como un todo al cual hemos intentado dar sentido en las páginas precedentes. Ante todo está la raza, ésta, además de su aspecto biológico y antropológico, reviste de forma cada vez mas clara, un significado igualmente heroico y aristocrático. La comunidad de sangre o de raza será la premisa de base. Pero en el interior de tal comunidad, un proceso de selección adecuada fijará ulteriores jerarquías en función de las cuales podrá nacer algo semejante a una nueva aristocracia: un grupo que (no solo sobre el plano físico, sino en términos de alma heroica, de estilo hecho de honor y fidelidad) testimoniará la raza "pura", es decir, la verdadera raza o raza ideal.

Se abre así ante nosotros un vasto y fecundo campo para diversas síntesis entre los principios racistas y los leit-motivs de la de la "mística" y de la ética fascistas que permiten permanecer fieles a lo mejor de nuestras tradiciones y también prevenir ciertos "virajes" colectivistas y socializantes que la equivocada utilización hecha del racismo en otros países ha permitido verificar. El racismo en segundo grado (o

racismo de las razas del alma) tiende por su parte a precisar las principales líneas de fuerza de una acción en este sentido.

Para la última fase de reconstrucción, es decir, el problema de los jefes espirituales, es aun en el "mito ario" comprendido tal y como fue en los orígenes donde se podrán encontrar las mejores puntos de referencia. Forzado es desgraciadamente constatar que en cierta medida "ario" tiene casi el significado de "antisemita" y que incluso en el ámbito legislativo esa palabra tiene solo una significación negativa ya que indica únicamente lo que no se puede ser, siendo calificado de ario, uno no es de sangre judía o de color y punto, eso es todo. Convendría reaccionar contra la banalización de ese concepto. En su integridad, el término ario deberá por el contrario significar para las nuevas generaciones, así como para sus educadores, una "raza del espíritu" y más precisamente de tipo "solar" o "heroico" en el sentido particular que hemos dado a este segundo término.

Sobre esta vía, el racismo fascista acabara por liquidar definitivamente toda sospecha de "materialismo" o de "zoologismo" que algunos alimenta al respecto. Lejos de excluirlo, es por el contrario en el ámbito propio a una realidad supramundana y supratemporal donde acabara por encontrar su coronación natural y por concretizar, refiriéndose a una tradición original bien precisa profundamente enraizada, esta aspiración fascista de dar igualmente a la Revolución un significado "religioso" y de hacer un verdadero renacimiento en el ámbito de los valores supremos.